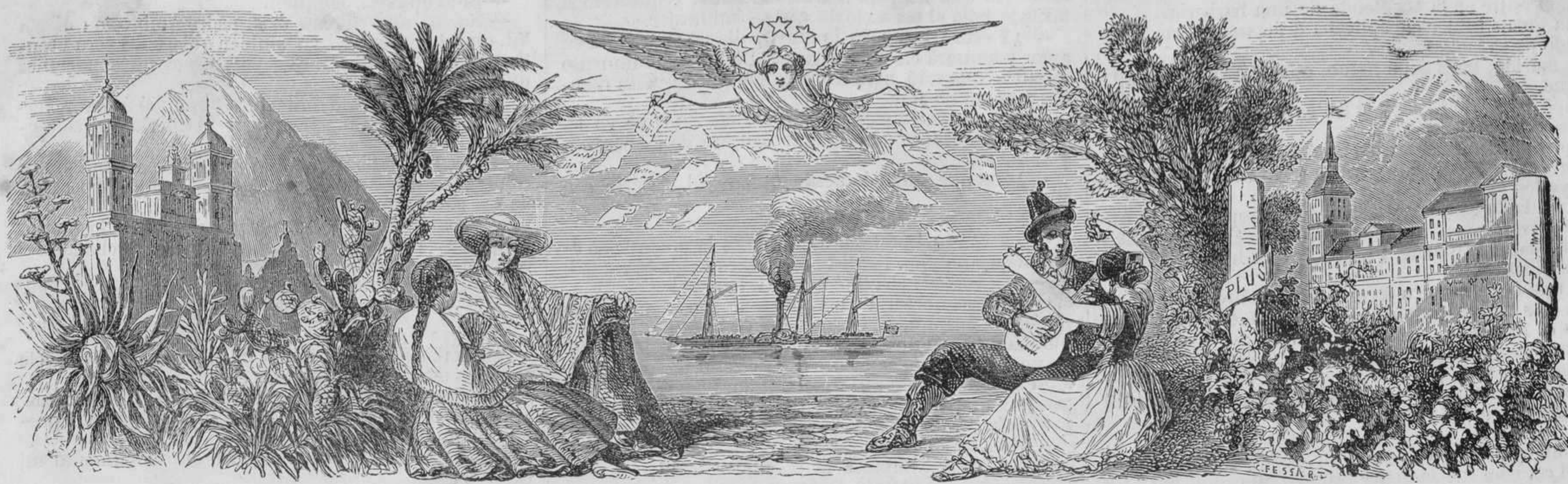


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 16. — N° 244.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris.

SUMARIO.

Sus Majestades imperiales pasando por el arco de triunfo en el Havre; grabado. — Amparo. — Inaugura-

cion de la segunda seccion del ferro-carril de Trieste; grabados. — Revista de Paris. — Neal Malone. — Exposicion de bellas artes de 1857; grabados. — Eulalia. — Una cacería en el lago Fetzara; grabado. — Los ba-

ños de mar de Trouville; grabados. — El leñador. — Los begardos de Durango. — Revista de la moda. — Los ingleses en la India; grabados.



Sus Majestades imperiales á su regreso de su viaje á Inglaterra, pasando bajo el arco de triunfo levantado por la ciudad del Havre.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion)

Muy pronto, á consecuencia de los auxilios que me prodigaron, volví al uso de mis facultades.

Me encontré en la trastienda de una barbería.

Una buena mujer me aplicaba á las narices un paño mojado con vinagre.

Su marido, lanceta en mano, estaba á punto de sangrarme.

Impedí que lo hiciese, y les rogué que me procurasen un carruaje.

Aquella buena gente me sirvió de la manera mas solícita; y se negó de todo punto á recibir la gratificacion que yo les ofrecia.

Es un bello rasgo exclusivo de los españoles el negarse á recibir una recompensa cuando creen que han debido hacer lo que han hecho, y este hecho se refiere á la caridad.

Es una bella manera de igualar al pobre con el rico. En esos casos la palabra *gracias* del fuerte vale tanto como *el Dios se lo pague* del desvalido.

Esto suponiendo que el rico que da las *gracias* tiene corazon.

Yo adoro la caridad: los hombres que tienen caridad son mis hermanos.

Débil, con la cabeza llena de una vaguedad febril, con el corazon fuertemente agitado, fui conducido á mi casa, donde hube de meterme en cama.

El efecto que habia causado en mí la resolucion suprema de Amparo, mi terror por perderla, mi ansiedad, mi duda acerca de recobrarla, me decian claro que Amparo habia llegado á constituirse para mí en ese ser que es la mitad de nuestra existencia.

Sentia en el corazon un vacio doloroso, una hambre aguda, permítaseme esta frase, vacio que solo ella podia llenar, hambre que solo ella podia extinguir.

Nunca mi voluntad luchó tan poderosamente contra una dificultad que casi tenia para mí el carácter de un imposible.

Amparo huia del mundo y se encerraba con la desesperacion de su misterioso amor en un convento.

Yo me desesperaba: yo tenia celos de un fantasma: yo aborrecia al hombre que Amparo amaba.

Ninguna solucion me venia al pensamiento bastante á consolarme, ya que no á curarme de mi desesperacion.

Yo, como todos los desesperados, como todos los vencidos, me hubiera creido feliz con muy poco: con vivir á su lado como su hermano.

Este tímido deseo me inspiró un pensamiento, y la inspiracion de este pensamiento llevó mi mano al cordón de la campanilla, del que tiré fuertemente.

— Vaya Vd. mismo al instante, dije á mi ayuda de cámara, á la calle tal, tal número, tal cuarto; diga Vd. al padre Ambrosio que deseo verle al momento, que estoy enfermo, que le espero con impaciencia; lleve Vd. un carruaje y tráigase Vd. al padre Ambrosio.

Media hora despues el exclaustro entraba en mi alcoba.

Acércose á mí con la mas viva solicitud.

— ¡Oh Dios mio! dijo comprendiéndolo todo, ¿con que tanto la ama Vd.?

— Amparo me ha convertido en un niño, le respondi.

— ¡Qué feliz hubiera sido amándole á Vd.!

— No pensemos en eso. Le he llamado á Vd. no para hablarle de mi amor, sino para pedirle que me ayude, que me auxilie.

— ¿Y en qué? ¿Cómo?

— Yo comprendo que Amparo ha entrado en el convento desesperada.

— Es verdad: Amparo que nada espera en el mundo se ha arrojado sollozando en los brazos de Dios.

— Pero Dios está en todas partes.

— Indudablemente.

— Por ejemplo: en mi casa puede encontrar á Dios como en el convento.

— ¿Y de qué modo puede estar Amparo en su casa de Vd. sino como su esposa?

— Cabalmente; eso es: quiero casarme con ella.

Volvió á ponerse pálido el padre Ambrosio como cuando le dije que la amaba.

— Si Vd. pide á Amparo su mano, me dijo gravemente, se casará con Vd.: si Vd. la abre sus brazos, se arrojará en ellos... pero ¿olvida Vd. que ella ama? ¿que ella al ser de Vd. apurará un sacrificio mortal? ¿No ha comprendido Vd. á Amparo?

— Sí; y del mismo modo que la comprendo á ella, quisiera que Vd. me comprendiese.

— Comprendo que la ama Vd., que la desea, que quiere casarse con ella.

— Quiero darla únicamente mi nombre y con mi nombre mi posicion; quiero arrancarla de la exageracion del claustro: si desea soledad, en mi casa la tendrá; independiente de mí su habitacion, si lo desea, será una especie de celda; si acepta mi brazo, si me presta el suyo, nos apoyaremos el uno en el otro; seremos hermanos. Su virtud estará á cubierto de toda murmuracion, sin que ella se vea reducida á un encarcamiento eterno, á prácticas fatigosas, á rivalidades y á pasiones de mujeres irritadas por el secuestro, desna-

turalizadas, convertidas en un ser de distinta especie por el aislamiento. Amparo tiene el corazon demasiado grande para que no sufra comprimido por los caprichos monjunos y por las mil penalidades sordas y continuas del claustro: en una palabra, Amparo se ha arrojado en una tumba, y es necesario sacarla de ella antes de que la tierra de esa tumba la cubra y la sofoque. Es necesario que Amparo sea mi hermana, y que viva á mi lado bajo el pretexto de que es mi mujer.

— ¿Y está Vd. seguro de que un dia no se irritará su amor y abusará en su posicion? ¿Sabe Vd. el inmenso sacrificio que será para Amparo pertenecer á un hombre á quien no ama.

— Era necesario para que llegase ese caso que yo dejara de amarla, y que además abdicase de mi corazon y de mi orgullo.

— ¿Con que decididamente quiere Vd. casarse con ella?

— Sí.

— ¿Y con qué pretexto la haremos la proposicion?

— Con ninguno. Usted la dirá únicamente la verdad.

— ¡La verdad! ¡La diré que Vd. la ama!

— No: eso no seria la verdad. El amor que como mujer me inspira, no es la causa de nuestro matrimonio. La causa de nuestro matrimonio es su aislamiento. Yo no me habia de casar nunca; necesito por otra parte á mi lado un afecto dulce, tranquilo. Hágala Vd. comprender que me caso con ella... por la misma razon porque la arranqué de su miseria.

— ¡Por caridad!

— No, no nombremos la palabra caridad; me caso por afecto... por interés... porque la amo como si fuese mi hermana... quitemos á la verdad lo que pueda tener de humillante... ya sabe Vd. que las habemos con un corazon altivo.

— Bien, la hablaré; pero desconfío: por lo mismo y como esta comision es harto delicada, quiero que Vd. esté presente.

— ¡Yo! de ningun modo.

— Hay un medio: en el locutorio puede Vd. estar á un lado de la reja sin que ella le vea.

— Eso es repugnante.

— Necesito que Vd. asista á esta grave conversacion... compréndame Vd., y disculpe como debe mi franqueza.

— Pero yo confío ciegamente en Vd.

— Y yo desconfío del buen éxito de mi mensaje. Por lo mismo quiero que Vd. asista á mi lado.

— ¿Y si yo resistiese?

— Resistiría yo.

— Pues bien, iremos.

Los dias despues estábamos en uno de los locutorios del convento de... el padre Ambrosio y yo.

Colocado junto á la pared en que estaba la reja del locutorio, Amparo no podia verme.

El padre Ambrosio estaba sentado en un sillón delante de la reja, cabizbajo y profundamente pensativo.

Yo detrás de él á poca distancia, escuchaba con toda el alma en los oidos.

Oyóse abrir una puerta; y luego un paso reposado de mujer, el crujir de un vestido, y luego el gruñido cariñoso é impaciente de un perro.

— ¡Ah! ¿Es Vd.? dijo Amparo.

— Sí, yo soy, hija mia, que vengo á sacarte del convento.

— ¿Y cómo? ¿Porqué? ¿Para qué?

— Tu protector conoce, como conozco yo, que no tienes vocacion al claustro.

— Eso importa poco, porque tengo menos vocacion al mundo.

— Tu protector comprende que has entrado aquí desesperada.

— No lo niego.

— Quiere que tu suerte sea menos triste.

— Eso depende de Dios.

— Pero Dios se vale de los hombres.

Guardó Amparo silencio durante un momento. Mustafá seguia abalanzándose á la reja y gruñendo.

— Yo no podia permanecer en la difícil posicion en que me encontraba, dije al fin ella: me veia expuesta á atrevimientos de todo género. No podia tener á mi lado mas que personas extrañas... y luego... en fin... si el claustro es una tumba... esto es lo que me conviene... sufriré, concentraré mi dolor hasta que el dolor me mate... le sufriré resignadamente, y Dios me perdonará. Yo no puedo vivir como vivia, padre Ambrosio... no... no... era un tormento para mí... Dígame Vd. que yo le agradezco con toda mi alma el interés que por mí se toma. Que mi felicidad depende de un milagro de Dios, y que dentro de poco ese milagro será imposible.

— Amparo, repuso con autoridad y con firmeza el exclaustro: las exageraciones jamás producen buenos resultados. Empiezas á vivir...

— Yo creo que ya he vivido toda mi vida.

— Sea como tú quieras; pero estamos perdiendo el tiempo. Tengo que hacerte una grave proposicion.

— ¿De su parte?

— De su parte.

— ¿Y cuál?

— Te pide formalmente la mano.

Sucedió uno de esos solemnes silencios que se hacen oír; uno de esos silencios cuya duracion no se puede contar: uno de esos silencios que son mas elocuentes que todas cuantas palabras pudieran imaginarse para reemplazarles.

Luego Amparo dijo con la voz trémula, como aterra da, con acento incomprensible:

— ¿Lo manda él?

— El desea que tú... vivas mejor... que... en fin...

— No, no quiero explicaciones de ningun género, repuso con una precipitacion entrecortada Amparo... comprendo... lo comprendo todo. ¿Lo manda él?

— El lo quiere... porque...

— No, ni una palabra mas, padre Ambrosio: dígame Vd. que si él quiere... yo tambien quiero...; pero pronto... pronto por Dios... que yo pare al fin donde Dios quiera que vaya á parar.

Y entonces no pudo contenerse y rompió á llorar, luego se oyó un paso precipitado, y la puerta que se cerraba.

— Vea Vd. su obra, me dijo con desesperacion y aun con ira el padre Ambrosio. Hemos desgarrado el corazon de esa pobre Amparo.

— No importa, le dije saliendo con él del locutorio. El tiempo la demostrará mis intenciones, y cuando las conozca recobrará la paz.

Y salimos del convento.

Aquel mismo dia escribí á mi tío una carta que solo contenia estas breves palabras:

« Me caso con una mujer digna de mí, y espero que saliendo por un momento de su retiro, venga Vd. á presenciar nuestra union. »

Aquel mismo dia tambien puse en movimiento mi casa.

Invadíronla tapiceros, renové el mueblaje, aumenté mis trenes y mi servidumbre, y preparé la servidumbre particular de Amparo.

En cuanto á las habitaciones de esta, no perdoné gasto ni cuidado, y quedé satisfecho.

El dormitorio, el tocador, el cuarto de labor y el gabinete de Amparo eran sumamente bellos y ricos, en medio de una gran sencillez.

Solo se esperaba para efectuar mi casamiento la llegada de mi tío.

Pero en vez de él llegó á vuelta de correo la lacónica carta siguiente:

« Cuando tú te casas, tu esposa debe ser un prodigio. Me alegro de tu resolucion, porque el matrimonio te dará una vida nueva. Quiera Dios que seas mas feliz que yo lo he sido. Ofrece á tu para mi incógnita consorte todo el cariño que la corresponde por mi parte como cosa tuya, y si te pareciere bien, daos ella y tú por convidados á estas orillas en el estío próximo. »

Yo conocia á mi tío, y sabia que no habia de venir.

Así, pues, la tarde del mismo dia en que recibí esta carta, el padre Ambrosio fue por Amparo al convento.

Se me presentó ricamente vestida de blanco, coronada con rosas blancas y mas pálida que las rosas de su corona.

Al darme la mano al pié de la escalera la sentí estremecerse; pero aquel estremecimiento pasó, y continuó serena hablando conmigo con suma naturalidad de cosas indiferentes.

La ceremonia fué muy triste: el padre Ambrosio nos dió la bendicion, mi administrador general y mi mayordomo fueron nuestros testigos.

Nadie mas asistió.

Despues de esto, Amparo quedó sola conmigo.

Yo estaba sobrecogido.

No sabia hasta qué punto era grave el paso que acababa de dar.

Y la gravedad de este paso no me asustaba por mí; me asustaba por ella.

Al preguntarla el padre Ambrosio si queria ser mi esposa, un estremecimiento profundo agitó su mano, la sentí fria, y pronunció un sí apenas articulado.

Despues cuando nos quedamos solos, me miró frente á frente, pálida y conmovida; sus ojos se llenaron de lágrimas, y luego me asió las manos y exclamó con un acento profundamente doloroso y sentido:

— Me ha consagrado Vd. su vida, á mí, á la pobre muchacha abandonada, á la infeliz traperera. Dios se lo pague á Vd. ¡Quiera Dios que yo pudiera hacer á Vd. feliz!

— Yo soy feliz, la contesté, con que tú vivas tranquila, con que seas mi hermana. Ha sido necesario dar este paso para arrancarte del convento. Yo continúo mi vida sin deseos y sin esperanza, consagrada á ti, que continúas siendo mi hija.

Aproveché un pretexto y fui por un instante á encerrarme en mi gabinete. Allí, seguro de no ser oido, de no ser visto, rompí á llorar: si no hubiera llorado, mi corazon se hubiera roto.

Yo la hubiera estrechado entre mis brazos, la hubiera arrancado frenético aquella corona de rosas blancas...

De seguro Amparo hubiera sido para mí una esposa sumisa...

Pero... yo queria su amor... y ella...; ella se habia casado conmigo porque se lo mandaba yo! ¡por agradecimiento!

Temia hablarla de mi amor; temia indicárselo; temia que ella se violentase, que se fingiese enamorada de mí para pagarme con un sacrificio inmenso mi proteccion... ¡No! Esto no podia ser... yo debia continuar con mi careta puesta... es mas: debia mostrarme contento, feliz... solo me quedaba un recurso: estar poco tiempo á su lado y viajar mucho; evitar un momento de olvido.

Yo era infeliz.

Pero era indudablemente menos infeliz que lo hubiera sido siendo ella monja.

No sé qué alegría misteriosa inundaba mi alma. Si no era mía, no sería de otro...

Era una posición de cierto género, y acaso... con la costumbre de verme, ¿quién sabe?

Yo esperaba.

¿Vivirá el hombre á quien amaba Amparo?

¿La habria seducido este hombre?... ¿La habria abandonado?...

¡La duda! ¡Horrible espectro que ennegrece nuestra alma con su sombra!

¿Habeis dudado alguna vez de vuestra esposa ó de vuestra madre?

Porque si no habeis dudado alguna vez de cualquiera de esos dos seres que son vuestro corazón y vuestro nombre, no comprendereis lo terrible de la duda cuando se refiere á objetos tan sagrados.

Yo me encontraba en una situación enteramente excepcional, y sufría todas sus consecuencias.

Sin embargo las aceptaba, y cien veces que hubiera sido necesario hubiera vuelto á casarme con Amparo.

¿Cómo llenaba mi alma! ¿Cómo la enloquecía! ¿Cómo la desesperaba!

¡Cuánto la habia divinizado mi amor!

Todo en ella para mí era perfecto.

Todo en ella para mí era ardiente.

Era un ángel de fuego que me precedía, me llevaba, me arrastraba no sabía á dónde.

Ahora ya lo sé.

Ese ángel divino me ha traído á una casa de locos.

Volví á su lado perfectamente tranquilo.

Es decir, fingiendo de una manera perfecta una perfecta tranquilidad.

Ella estaba sentada en un sillón junto á la chimenea, y arreglaba tranquilamente el fuego.

Cuando me sintió se reclinó en el sillón, y me dijo sonriendo, con la cabeza echada atrás sobre el respaldo:

— ¿Qué feliz soy, Luis!

Era la primera vez que Amparo pronunciaba mi nombre de una manera tan familiar.

Ahora recuerdo que es también la primera vez que yo le escribo en estas Memorias.

En efecto, yo me llamo Luis.

Admiróme aquella tranquilidad, aquella familiaridad, aquella sonrisa, aquel no sé qué seductor, incitante, que emana de ella.

Sin duda Amparo habia tomado su partido, aceptando por entero el sacrificio.

Este pensamiento me desgarró el alma.

Sin embargo, me mantuve firme.

— Yo también soy feliz, la dije: yo necesito el afecto desinteresado, noble y puro de una hermana, y le tengo en tí.

— ¡Oh! yo le amo á Vd. como si fuera mi padre... ¡y cuánta generosidad, Dios mío! ¿Cómo no ha retrocedido Vd. ante la idea de que el mundo donde vive pretenda averiguar quién soy y de dónde vengo?

— Nada me importa eso: lo que me estremecía era que sin vocación...

— ¡Y se ha sacrificado Vd. por mí!... ¡se ha imposibilitado de ser feliz mañana!... ¡si encuentra Vd. una mujer que le enamore!... ¡vamos, no sé en qué he estado pensando!... ¡yo no he debido!... ¡si por un acaso!... pero no... ¡no puede ser!...

Acercó su sillón al mío y me dijo pálida y conmovida.

— Estamos en una situación solemne, Luis: en una situación en que acaso no se han encontrado dos personas solas: debemos ser francos... ¿será acaso?...

Y se detuvo.

— Continúa, continúa; parece que te cuesta sumo trabajo lo que me vas á decir.

— Sí, sí; lo confieso; pero es preciso, es mi deber: habiendo llegado al punto en que nos encontramos, es necesario que yo sepa... lo que debo hacer para...

— ¿Para qué?

— Para ser digna de tanto beneficio.

Y luego haciendo un supremo esfuerzo, añadió de una manera penosa:

— Luis: ¿me ama Vd.?

— ¡Yo! ¡no! la contesté sonriendo, porque habia adivinado la pregunta y me habia preparado.

— ¡No! es decir... que se ha casado Vd. conmigo... ¡por... por caridad!

— Amparo, hija mía, la dije: tu gran corazón te atormenta: ¿crees que he hecho un sacrificio inmenso... que te he sacrificado mi libertad! no... te engañas: estoy muerto para el amor, para ese amor ardiente que nos embriaga y nos arroja á los pies de una mujer... no, hija mía, no: eres demasiada pura para que mi corazón, gastado ya, pueda amarte mas que con ese otro amor desinteresado de la amistad; si no hubieras pretendido entrar en un convento, yo nada te hubiera propuesto: te hubiera tratado como un hermano y nada mas: el día que te hubieras casado con un hombre de tu elección, hubiera sido completamente feliz. Pero te obstinabas, no sé por qué, en ser monja: habias dado un paso decisivo, y era necesario dar otro paso contrario, decisivo también; me daba miedo tu resolución... tú estabas sin duda desesperada...

— No, me contestó tristemente.

— Tú has amado, Amparo; amas.

— ¿Es decir que somos hermanos?... ¿que es Vd. tan generoso que no mira en mí siempre mas que á la pobre Amparo?

— No hay en mí generosidad, mas hay afecto.

— Pues bien; si somos hermanos, podemos hablar con franqueza.

Yo la observaba, y ví que su frente se habia serenado.

— Sí, hablemos con franqueza, la dije.

— Pues bien, he amado á un hombre.

— ¿A un hombre digno de tí?

— ¡Digno de mí! ¡digno de ser adorado, digno de una felicidad que le ha negado Dios!

— ¿Jóven?

— Jóven y hermoso.

— ¿Y él te amaba?

— Sí, me contestó con su sonrisa habitual.

— ¿Y entonces... porqué no os habeis casado?

— ¡Ha muerto! exclamó Amparo.

Y se cubrió el rostro con las manos, y rompió á llorar.

Pero de una manera desconsolada, como si su alma entera se exhalase en aquel llanto.

— Pero, me dijo entre sus lágrimas: á Vd. le amo también... le amo de una manera profunda: como á mi hermano... mas... mas aun... como amaría á mi madre... por hacerle á Vd. feliz daría mi vida... y cuando el padre Ambrosio me dijo... que quería Vd. casarse conmigo...

— ¡Te aterraste!

— No, no, en el momento de hacerme el padre Ambrosio la proposición en nombre de Vd. me dije: se casa conmigo por caridad, por arrancarme de esta sepultura á que he venido desesperada: en él la caridad es la vida: no amarguemos su vida: y consentí. Pero cuando me quedé sola se me ocurrió que tal vez podria haber en Vd. mas que caridad: acaso me ame, pensé: si me ama... yo le pertenezco, yo soy suya, yo debo amarle.

— ¿Y tu amor?

— ¡Es verdad! por eso debíamos hablar con franqueza, y hemos hablado: en mí hay dos amores: uno puro, desinteresado, noble, profundo: el que Vd. me inspira: mi amor antes de hija, ahora de hermana: el otro amor es un desdichado amor, sin esperanza: un amor que enluta mi alma y la desespera: si un día me sorprende Vd. llorando, no lo extrañe Vd.: yo cuidaré mucho que los extraños no vean el dolor en mi semblante; todo el mundo me creará feliz, y lo seré en efecto, al lado de Vd.; pero... permítame Vd. que lllore alguna vez por mi amor perdido; por el amor del hombre que Dios no me ha querido conceder. Esto no debe serle á Vd. doloroso, porque no me ama sino como un hermano; no puede Vd. temer que el objeto de mi amor manche su nombre, porque es imposible, de todo punto imposible que pueda mancharle.

— Me harás amar por tí á ese fantasma: fantasma para mí, puesto que ha muerto y no sé ni quiero saber su nombre.

— ¡Oh, sí! yo le amaré siempre, siempre, con toda mi alma. Vd. no tendrá celos, ¿no es verdad?

— Siento únicamente que ese hombre haya muerto... porque al fin viviendo él hubiera vivido su esposa...

— No hablemos nunca de esto mas; nunca... nunca... ha sido una explicación precisa. Ahora, mi buen hermano, suplico á Vd. me diga cuál es mi aposento. Necesito descanso, reposo; he sufrido mucho.

— Vamos á tener dentro de un momento al lado personas extrañas, es necesario que delante de ellas no me hables de usted.

Aquello era ir de mal en peor.

Comprendí que no podia vivir al lado de Amparo sin que muy pronto me olvidase del todo y me convirtiese en su tirano.

En el tirano de una víctima resignada.

¿Acaso no tenia el reciente recuerdo de su repugnancia y de su terror al sentir sobre su frente mis labios?

No, yo debia respetar aquella pasión viva; yo no debia ser infame, yo no debia cobrar mis beneficios á tanta costa para Amparo.

Pero no pude resistir á una tentación.

Su aposento y el mío, para cubrir las apariencias, solo estaban separados por un gabinete y se comunicaban por dos puertas de escape.

Me retiré á mi aposento, cambié lentamente el traje negro que me habia puesto para la ceremonia por el de casa, dejé pasar con una impaciencia mortal algun tiempo, y luego abrí silenciosamente la puerta de escape de mi alcoba, y me acerqué, sin causar el mas leve ruido, á la otra puerta de escape del dormitorio de Amparo.

Al frente, tras un bello pórtico de bambues con cortinas de muselina bordada, estaba su lecho.

Antes, esto es, entre la puerta desde donde yo observaba y el pórtico de la alcoba, habia un espacio cuadrado, y en su parte media una mesa arrimada á la pared.

Sobre la mesa habia una lámpara con bomba de cristal opaca que esparcía una luz velada á poca distancia.

Lo demás del dormitorio estaba en sombra; en una media sombra fantástica.

Sentada en un sillón, junto á la mesa; apoyado en ella un precioso brazo, que dejaba en descubierto hasta el codo los encajes de la ancha manga de su traje; apoyado el rostro en su mano, sola, inmóvil, profundamente pensativa estaba Amparo.

Tenia ceñida aun la corona de rosas blancas.

Los brillantes de la especie de ajorca árabe que yo la habia enviado en el canastillo de boda y que rodeaba el brazo en cuya mano apoyaba su cabeza, me dejaban ver, heridos por la luz, destellos vivísimos, pero inmóviles.

Amparo parecia una estatua de cera, vestida de blanco.

Su mirada fija, distraída, profunda, como vuelta hácia adentro, hácia su alma, ó como lanzada sin objeto á la inmensidad, al infinito, mirada que no veía; dilatada, lúcida, brillante, llena de vida, pero de una vida que espantaba, dejaba comprender la desesperación profunda, pero resignada, paciente, intensamente dolorosa de un alma desolada.

Nunca habia yo llegado á concebir tanto dolor y tanta resignación: nunca una agonía tan lenta; nunca un sufrimiento tan agudo soportado, apurado, dominado con tanto valor: en Amparo no habia esa expresión de disgusto, de rabia, de lucha impotente; expresión de ángel rebelde y condenado, que es una blasfemia muda; una blasfemia en imagen.

Era la víctima resignada al sacrificio.

La víctima humilde y fuerte, el alma cristiana que sufre la miseria de la vida en su manifestación mas dolorosa sin revelarse contra la voluntad de Dios.

En vano esperé que Amparo diese una muestra de debilidad ni de impaciencia.

Continuaba inmóvil y tranquila: pero con una tranquilidad que me desgarraba el alma.

Yo sufría de mil maneras distintas.

Primero, el inmenso infortunio de Amparo.

Después mi propio infortunio.

Luego sentía celos; unos horribles celos.

Yo no podia dudar que un amor malogrado, un amor sin esperanza, era la causa de la desolación de Amparo.

Yo hubiera dado toda mi vida por sentirme amado un solo momento y de aquel modo por Amparo.

Además, al contemplarla tan hermosa, idealizada, trasfigurada, casi me atreveré á decir divinizada por el sufrimiento, sentía hervir mi sangre, latir mi corazón, abrasarse mi cabeza.

Yo estaba loco.

La misma fuerza de mi locura me contenía, impedía que yo lo olvidase todo, que empujase la débil puerta que me separaba de ella, y que me arrojase en sus brazos...

Yo blasfemaba.

Estaba inmóvil; como petrificado.

La mirada de Amparo, aunque no podia verme, caía sobre mi mirada, absorbiendo mi alma, torturándola.

Lentamente fui perdiendo la conciencia de mí mismo. Un sopor extraño se apoderó de mí.

Amparo empezó á tomar lentamente un aspecto fantástico; á brillantarse su mirada, á resplandecer; su figura se aisló en medio de una niebla vaga azulada; desapareció á mi vista todo lo que la rodeaba, y quedó ella sola, inmóvil siempre, pero como suspendida en medio de un espacio indefinible, en que no habia luz ni sombra.

Luego la ví alzarse lentamente, arrancarse su corona de rosas, y luego irse despojando de sus joyas, de sus ropas: ví enteramente su hermoso cuello, sus redondos hombros; luego su cabellera destrenzada agrupándose de una manera maravillosa á ambos lados de su semblante; al fin se volvió y se alejó lentamente: se abrieron las cortinas de la alcoba y volvieron á cerrarse.

Amparo habia desaparecido: la fascinación habia cesado, y volví á sentir la vida real.

A mi vez me retiré en silencio y me acosté.

Me acosté para apurar una horrible noche de fiebre y delirio.

¿Porqué habia yo encontrado seis años antes, sola en medio de la noche, recogiendo trapos á aquella niña?

¿Porqué me habia causado compasión su miseria?

Yo maldecía mi caridad: la caridad que tan infeliz me habia hecho, y que tan infeliz habia hecho á Amparo.

Y me decía:

«La caridad es una debilidad: la caridad es la manía de los imbéciles; la caridad se vuelve contra quien la practica.»

¿Porqué sentí caridad para Amparo?

Porque era un insensato.

Al día siguiente Amparo se me presentó tranquila y afectuosa; en vano busqué al rededor de sus ojos ese círculo lívido que imprime una noche de insomnio y de fiebre.

En vano esa palidez vaga del cansancio.

Amparo estaba fresca, corriente; parecia feliz.

— ¿Has dormido bien? la dije.

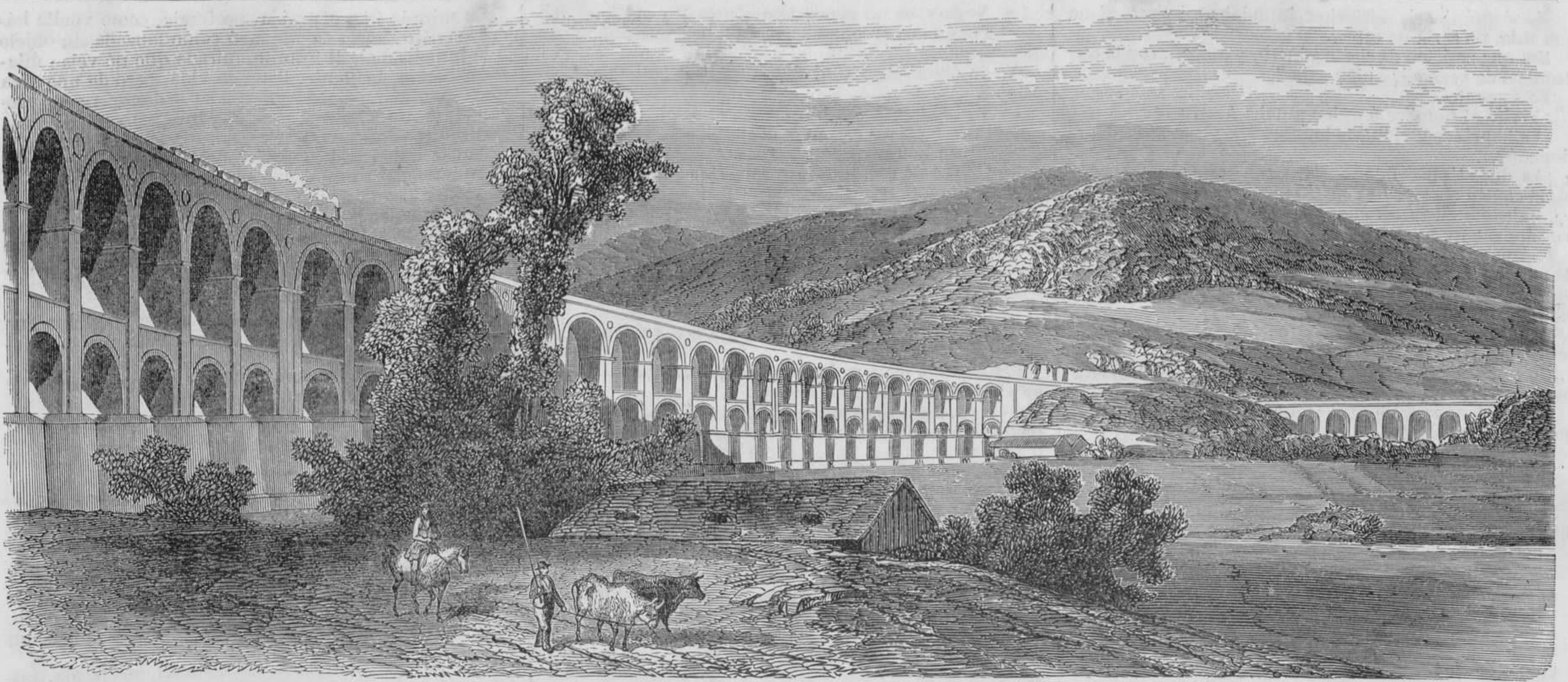
— ¿Y porqué no? nunca se duerme mejor que cuando nada se desea, cuando se ha obtenido todo lo que se anhelaba: ¿y tú, Luis? estás pálido, pareces triste: si continúas así, creeré que te has sacrificado á mi felicidad.

— ¡Oh! no: yo creía que tú... que sufrías: pero veo con placer que me he engañado: te prometo dormir esta noche tan bien como tú.

(Se concluirá.) M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Inauguración de la segunda sección del ferrocarril de Trieste.

El 27 de julio último tuvo lugar la inauguración de la última sección del camino de hierro que debe unir á Viena con Trieste. El emperador, que salió el 26 de Vie-



Ferro-carril de Laibach á Trieste. — Paso de los Alpes ilirianos. Viaducto de Frunzensdorf.

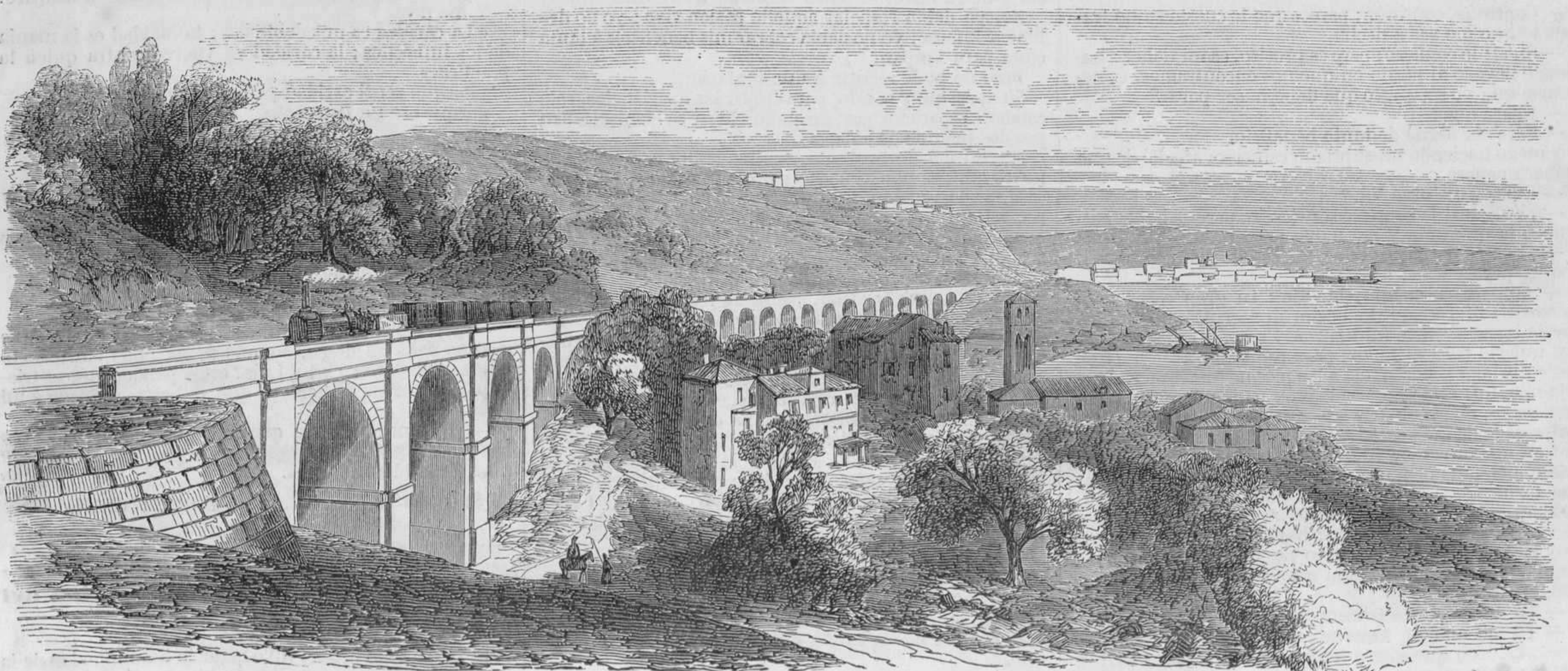
na, pasó la noche en Laibach. Al otro día el convoy de honor salió de esta ciudad á las cuatro de la mañana, y á las diez entraba en el embarcadero de Trieste donde

S. M. procedió inmediatamente á la colocacion de la última piedra de la estacion. Un tiempo magnífico favoreció esta solemnidad, que tuvo efecto con todas las cere-

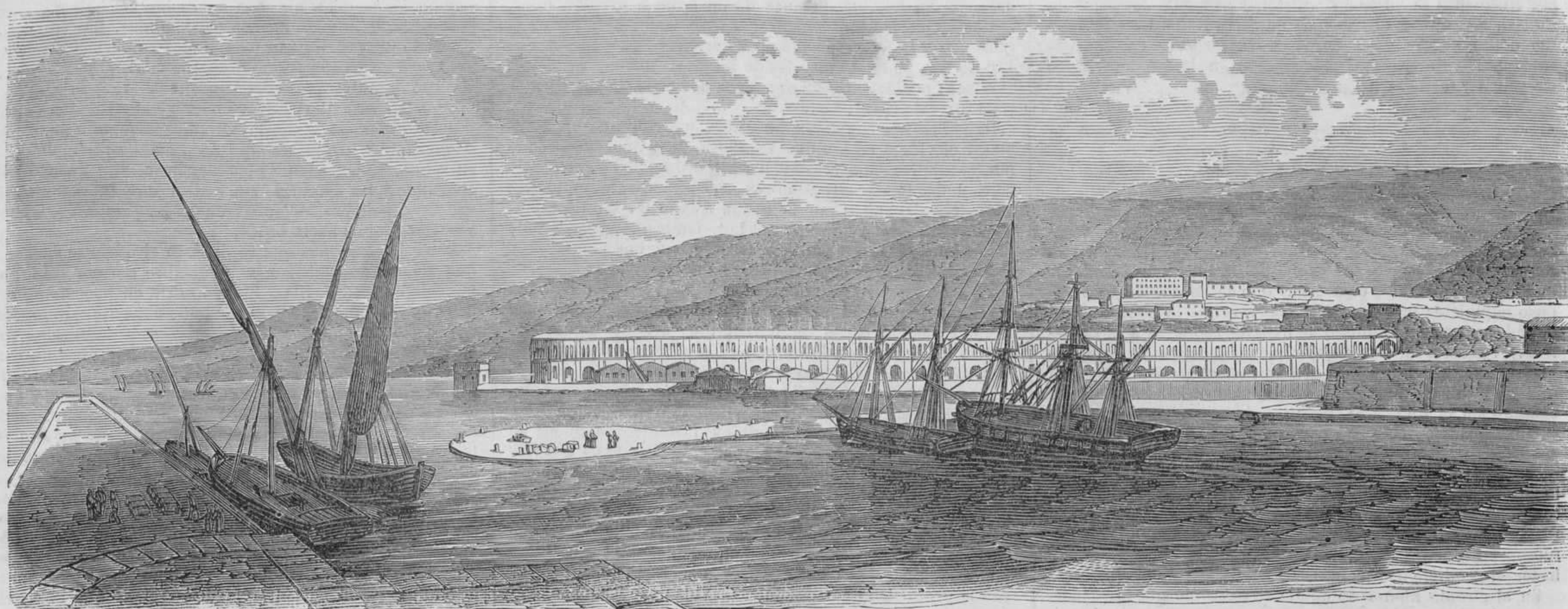
monias de costumbre, y que habia llevado á aquellos sitios un crecido número de forasteros. Por la tarde se reunieron en un gran banquete, preparado en el salon



Viaducto de Nabresina



Viaducto de Barcole.



Viaducto del arsenal de Trieste.

de la Redoute, todas las personas convidadas por la municipalidad y por el tribunal de comercio.

Véanse allí ocho mesas con cuarenta y seis cubiertos cada una; sobre un estrado se alzaba otra mesa en forma de herradura para los ministros y demás notabilidades extranjeras. Las señoras más elegantes de la ciudad y de los pueblos vecinos llenaban las galerías, y una orquesta que se hallaba bajo la dirección del señor Scaramelli, ejecutó durante la comida las piezas de música más nuevas. Se pronunciaron varios discursos, se echaron muchos brindis; pero el orador que produjo más efecto fué M. de Bruck, ministro de Hacienda, que habló de la unión del Norte y del Mediodía. El señor ministro manifestó energicamente el deseo de que la grande empresa intentada por M. Fernando de Lesseps, la abertura del istmo de Suez, triunfara al fin de las dificultades de todo género y de los obstáculos con que tropieza.

A M. de Bruck pertenecía el honor de presidir la inauguración del camino de Trieste; M. de Bruck es el verdadero fundador del Lloyd austríaco y de los docks que aseguran la prosperidad co-



Brindis en favor del canal de Suez, echado por el ministro baron de Bruck, en el banquete de inauguración del ferro-carril de Trieste, el 27 de julio.

mercial y el poderío marítimo de aquella ciudad.

Ya hemos publicado una descripción detallada con sus correspondientes dibujos (véase el nº 189, tomo VIII, página 104) de la parte del ferro-carril comprendida entre Viena y Laibach, y designada con el nombre de camino de hierro del Sæmmering. No repetiremos hoy aquellos pormenores; pero sí recordaremos que la última sección que acaba de abrirse tiene 144 kilómetros de largo, y que el ferro-carril del Sur entero cuenta 439 kilómetros. El gasto parece se elevará por lo menos á 160 millones, ó sean unos 370,000 por kilómetro.

Las principales obras de arte que se notan entre Laibach y Trieste se encuentran representadas en nuestros dibujos.

Esta vía férrea atraviesa países donde el establecimiento de una simple carretera podía considerarse ya como una obra muy difícil. Las comarcas bajas del Austria se encuentran separadas del Adriático por países de montañas entrecortadas de ríos. Los Alpes nóricos que atraviesan esa parte de las provincias austríacas presentan terrenos sumamente desiguales, y durante mucho tiempo se tuvo

GODEFROY DUR

por insensata la idea de construir allí un camino de hierro. Sin embargo, se han vencido todos los obstáculos como puede verse aquí, y sobre todo en la primera parte de nuestra descripción, á la que acabamos de remitir á nuestros lectores.

V. P.

Revista de París.

De Baden escriben á un periódico de París que la llegada de M. Home ha producido allí un efecto extraordinario. No obstante, el jefe de los espíritus se apresuró á declarar que estaba en una de esas crisis que le condenan á un reposo completo; que sus facultades mágicas le habían abandonado, y que su voluntad se hallaba reducida á la impotencia respecto de los objetos materiales, de las personas vivas y de las sombras que ordinariamente le obedecen con una sumisión sin ejemplo. Pero ¡ay! este buen señor había contado sin la huésped. En vano hizo esta manifestación ostensiblemente; en vano anunció el proyecto de guardar el incógnito, y de disfrutar en paz del descanso y de las distracciones que ofrece el país de Baden; todo ello solo sirvió para excitar mas y mas la curiosidad de los altos personajes que se disputaron desde el primer día el placer de recibirle en sus salones. En suma, las solicitudes fueron tantas, que M. Home debió ceder y principió por hacer el prodigio de recobrar sus facultades sobrenaturales.

En el círculo numeroso donde se presentó por la primera vez había muchas personas que solo le conocían de reputación, y los incrédulos abundaban. Desde el principio, dice M. E. Guinot, de cuya correspondencia extractamos estos pormenores, la asamblea se estremeció de espanto. Una mesa enorme colocada en medio del salón se fué levantando lentamente, y se inclinó sobre un plano casi perpendicular al suelo; dos grandes lámparas que había sobre ella no se movieron, manteniéndose en una posición horizontal.

Después de otras experiencias por el estilo hechas con objetos inanimados, vinieron prodigios de distinta clase en que hubieron de figurar las personas presentes.

Varias señoras suplicaron á M. Home que operase en su favor y para cada una de ellas algun milagro particular, y hé aquí cómo se cumplieron sus deseos.

Una señora intentó vanamente sujetar su abanico que una fuerza invisible la arrancaba: le abanicó se soltó de sus dedos como si ella le hubiera lanzado fuertemente, atravesó el salón y dió en el pecho á un joven que no esperaba un golpe semejante.

Otra vió que sus guantes la abandonaban del modo mas singular; y de repente la dejaron desnudas sus bonitas manos y volaron por el aposento.

Otra lanzó un grito de espanto al sentir dos manos invisibles que se colocaban sobre sus rodillas.

Otra pidió una evocación, dejando la elección á M. Home entre las personas que ella ha conocido y que ya no existen: al cabo de un instante se vió que la dama inclinaba la cabeza y aplicaba el oído en la actitud de una persona que escucha á otra que le habla en voz baja. Una profunda emoción se pintó en su fisonomía, y abundantes lágrimas corrieron de sus hermosos ojos azules: la voz que había oído era la de su hermano muerto en la Crimea.

Por último, con otra de las damas presentes ocurrió este caso. Esta señora se había casado muy joven, y hace tres ó cuatro años enviudó. Parece ser que entre las ventajas que la distinguen se cuenta la de poseer un talento nada común; durante las experiencias y en medio de la conversación general afectaba un aire de incredulidad irónica.

— ¿Tiene Vd. la bondad de pasar á este gabinete? la dijo M. Home.

Sorprendida con la pregunta hecha con cierto tono de autoridad, la dama hubo de obedecer al ascendiente imperioso del americano; se levantó, abrió la puerta del gabinete y entró con paso firme: la puerta se volvió á cerrar cuando había entrado.

Era aquel el aposento reservado para las evocaciones. Pero no se habían pasado muchos instantes cuando salió pálida, trémula, sobrecogida de espanto, y cayó sobre un sofá medio desmayada.

Había visto en pie en medio del gabinete á su difunto marido con los brazos cruzados y los ojos abiertos. Mucho costó calmarla asegurándole que era una simple ficción, una ilusión pasajera.

Como vemos por esta serie de lances, el repertorio de M. Home es poco variado; todo viene á reducirse siempre á la misma cosa; no hay progreso en el mundo de los espíritus. Sin embargo, confesamos que es lo bastante para maravillarnos al mas rebelde.

En muchas cosas se tiene en el universo una opinión errada de la Francia. Se cree por lo común que el pueblo francés, voluble y ligero como le hacen, es inaccesible á las preocupaciones que reinan en otros países mas atrasados en civilización material. No es así ciertamente: apenas se da un paso fuera de las grandes ciudades, donde se tiene fe sin embargo en el magnetismo y en el poderío sobrenatural de hombres como M. Home, se encuentran intactas las creencias supersticiosas de siglos ya remotos.

En este mismo periódico recuerdan sin duda nuestros lectores haber visto una corta serie de artículos debidos á la pluma de Jorge Sand sobre las visiones nocturnas en los campos; no se trataba allí de una ficción poética, sino de una realidad existente en una provincia de la Francia, es decir, de una realidad en la imaginación del sencillo labriego. En todos los departamentos hay supersticiones por el mismo estilo.

En el Alto Marne cuando se oyen por la noche risas estrepitosas, los relinchos del caballo y hasta los maullidos

del gato, se dice que Satanás da un baile á los demonios. En las Charentes se encuentran por la noche á la luz de la luna y con la forma de mujeres ancianas, unas brujas que van de tres en tres, como las de Macbeth, por medio de los caminos: ordinariamente se reúnen al borde de las fuentes y de los estanques.

En la Bretaña cuando el buhonero que anda de viaje oye mugir el viento en la selva frondosa, dice que es la ronda infernal de los espíritus maléficos. En Guyenna otros personajes (todos tienen sus nombres correspondientes en el dialecto del país) andan por la noche á la orilla de los golfos del Dordoña, del Aveyron y del Lot, donde precipitan á todo el que tiene la desgracia de pasar por aquellos sitios.

En otros lugares se cree que los muertos vienen á espantar á los que están en vida: en el Perche y en el Maine el armiño, cuyo aspecto no tiene sin embargo nada que deba infundir miedo, causa un horror muy grande al aldeano que se halla convencido de que es el alma de alguna antigua señora que vuelve al mundo bajo la forma de ese bonito cuadrúpedo; y cuando un hombre muere de repente, el armiño tiene la culpa de su fallecimiento.

En ciertas partes de la Picardía al instante que muere un individuo, tienen cuidado de arrojar toda el agua que hay en la casa, temiendo que el alma del difunto vaya á bañarse en ella. El campesino del Gers se abstiene de probar la carne asada en las comidas funerarias, pues se halla en la persuasión de que si el difunto mereció el infierno, su suplicio será doble por el uso de aquel manjar. En fin, hay comarcas donde se cree que aun los seres inanimados poseen la propiedad de dar señales de vida después de su destrucción.

En la época de la insurrección de los Pitaux, el viejo condestable de Montmorency mandó tirar á los ríos las campanas de las parroquias sublevadas, y desde entonces esas campanas conservan de tal modo el recuerdo de las solemnidades de la Iglesia, que en todas las fiestas mayores los aldeanos las oyen repiquetear en lontananza. Los angevinos atribuyen el mismo prodigio á las campanas de Herbauge sumergidas en el lago de Grand-Lieu con los habitantes de aquel pueblo impío.

Todo esto es público y notorio, y un caso reciente que cuentan los periódicos de la semana, acabará de demostrar á nuestros lectores lo arraigadas que se hallan estas supersticiones populares.

El normando es en Francia el tipo del hombre astuto, burlon y un tanto incrédulo; y sin embargo, ¿quién diría que la palabra sola de los *Goubelinos* le hace temblar? Ignoramos si un goubelino es un personaje diabólico ó una aparición póstuma; pero si sabemos que produce efectos terribles: vamos al lance.

Catalina D..., criada en un cortijo de las cercanías de Hotteville, era una de esas mocetonas frescas, coloradas y robustas que abundan en el país de Caux, llamado en otro tiempo la Georgia de la Francia. Cuando los domingos salía muy acicalada con el traje pintoresco y gracioso de su tierra, los corazones de todos los mozos del pueblo latían á cual mas fuerte en honor de la hermosa Catalina, y por demás estará añadir que las gracias y favores de esta Dulcinea se disputaban á mogicones y á puñadas.

Entre los pretendientes mas serios de Catalina se contaba un tal Marcelo P..., mozo de labranza en la misma aldea, cuyas declaraciones y obsequios fueron siempre rechazados de tal manera, que al fin el campesino en el colmo del despecho dijo un día á la ingrata:

— ¿No quieres casarte conmigo?

— No.

— Pues entonces voy á goubelinarte á la primera ocasión que se me presente.

No es necesario advertir que este verbo desconocido deriva de la palabra goubelino, y quiere decir sin duda evocar los espíritus infernales.

El lunes de la última semana á eso de las siete y media de la tarde Catalina, después de haber ordeñado las vacas en la pradera, se volvía al cortijo que se distinguía á cosa de un kilómetro entre los manzanos, cuando de repente ve salir del hueco de un sauce al lado de una charca un ser informe cubierto con la piel de un animal, y que la corta el camino lanzando gritos espantosos.

La pobre muchacha se queda atónita y deja caer los dos cubos de leche que llevaba en las manos; pero un segundo después exaltada por el terror, coge un palo que descubre allí cerca, se va derecha al monstruo, y con todas sus fuerzas le da un golpe que le hace caer tendido al suelo, después de lo cual huyó despavorida.

En la misma tarde los labradores que volvían por aquel sitio de vuelta de su trabajo, hallan un cuerpo que yacía en el camino en una piel de ternera; le levantan, le descubren y se quedan atónitos al reconocer á Marcelo P... Al pronto le creyeron muerto viéndole inanimado y cubierto de sangre, y se disponían á dar parte al amo para que fuera á recogerle, cuando el pobre mozo habiendo sentido en fin el contacto del aire, principió á respirar y no tardó en recobrar el uso de sus sentidos.

Entre tanto Catalina había llegado al cortijo pálida, bañada en sudor, y en tal estado que fué imposible arrancarle ninguna explicación; desde aquel momento cayó en un delirio que ha producido en ella una locura declarada.

Ya hemos dicho que si en las grandes ciudades no se conocen supersticiones tan groseras, en cambio se tiene en el sonambulismo una fe digna de mejor causa. Verbigracia, en París muchas personas que en los negocios corrientes de la vida disfrutan de la plenitud de sus facultades intelectuales, se quedan desarmadas de toda su razón en presencia de los prodigios de la magia y del misterioso poder de las ciencias ocultas. La cartomanía está muy floreciente hoy, de lo cual resulta que tenemos un crecido número de mujeres que se consagran con fervor á la práctica de un arte tan lucrativo. Se citan varios especuladores en la Bolsa

que no emprenden ninguna operación sin haberse aconsejado previamente de una de estas sibilas. Las mujeres sobre todo buscan aquí un alimento á su curiosidad siempre ávida y á su pasión por todo lo que es extraño y maravilloso. Aun aquellas que en sus relaciones de todo género dan mas pruebas de fuerza de carácter y ostentan mas desdenes por las preocupaciones del vulgo, son ejemplo de la misma flaqueza, y al propio tiempo que brillan en los salones por su rango, su hermosura y su elegancia, van de incógnito á consultar á las adivinas, sin pensar que su credulidad las expone á peligros, entre los cuales el primero es el de ser víctimas de una necia burla.

Entre las personas que se dedican al oficio se cuenta una que no designaremos por su nombre porque esto no es anuncio, la cual ha llegado á adquirir en poco tiempo una boga extraordinaria. Su gabinete de consulta, sin presentar el aspecto de aquellos laboratorios semi-infernales de los alquimistas de la edad media, tiene sin embargo un carácter severo y sombrío muy propio de las inocentes diabluras de que es teatro. La maga vestida de terciopelo negro, con un peinado estrambótico y un aire imponente, recibe á los parroquianos en la solemne oscuridad de su aposento, les oye con interés y pronuncia majestuosamente sus oráculos.

Nada mas fácil para una persona de mediano entendimiento que el apropiarse el estilo peculiar de la cartomanía, estilo sibilino, misterioso en sus formas, profundo en apariencia, bien estudiado para presentar con un aspecto fatídico cosas vulgares y vagas que pueden aplicarse á todo el mundo, y con bastante elasticidad para que el capricho de la imaginación las interprete sin un gran esfuerzo.

Un amigo nuestro ha querido consultar á la cartomántica, y hé aquí en sustancia el repertorio de frases que oyó á la voz profética:

«No le han salido á Vd. muchas cosas como Vd. deseaba. Hasta el día no ha sido Vd. tan feliz como se prometió y como merece.»

Como nadie se encuentra satisfecho completamente con la suerte que le ha cabido en este mundo, el teorema sódico puede tener siempre un sentido que parezca razonable, y la lisonja que le cierra acaba de granjear la confianza de la persona á quien se dirige.

Prosigamos:

«Cuidado con la envidia; tiene Vd. muchos enemigos que ya le han perjudicado mucho y que tratarán de hacerle mas daño aun; pero al cabo triunfará Vd. de todos ellos.»

»Debe experimentar Vd. una gran desgracia que será seguida de una felicidad muy grande. Las pruebas que va Vd. á soportar asegurarán su dicha venidera.»

»Una persona que secretamente le quiere á Vd. mucho, le hará á Vd. un servicio importante en un apuro terrible.»

»Los obstáculos que se oponen á que sea Vd. completamente dichoso se allanarán al fin.»

»Un gran peligro le amenaza á Vd., pero saldrá Vd. de él de un modo imprevisto, y en seguida se realizará lo que mas desea Vd. en el mundo.»

Fácil es comprender que estas profecías tengan la probabilidad de producir un excelente efecto. ¿Qué persona hay en el universo que no desee una cosa determinada? ¿Quién es aquel que no ha tropezado al menos con un obstáculo para lograr la perfecta felicidad con que sueña el hombre casi durante su vida?

Hay ocasiones sin embargo, en que se precisan mas las cosas.

Hace unas cuantas semanas un pobre artesano había sufrido un robo de consideración para él, y se le ocurrió que podría descubrir al culpable dirigiéndose á la sibila de que venimos tratando en este artículo. En efecto, la adivina le designó como autor del robo un carpintero que vivía en Montmartre, y le dió su nombre y las señas de su casa.

El artesano se fue derecho al domicilio del carpintero, preguntó por él á la portera que le dijo cuál era el cuarto que habitaba; pero aquí comenzaban las dificultades: ¿cómo introducirse en el aposento del supuesto ladrón?

Nuestro hombre apeló á un recurso muy peligroso; se dió y se hizo pasar por un comisario de policía, y en calidad de tal practicó su registro, pero no halló nada.

Este resultado le desalentó al propio tiempo que infundió ánimo al carpintero, que á fuerza de hacer preguntas al supuesto comisario de policía, llegó á descubrir el artificio.

Por fortuna era un obrero honrado que supo comprender los motivos de legítimo interés que había tenido aquel hombre, un compañero suyo, para introducirse de aquel modo en su casa; de lo contrario, una queja ante el tribunal habría tenido para el robado fatales consecuencias.

Hé ahí lo que sucede pues, cuando las adivinas salen de las generalidades prudentes del oficio.

MARIANO URRABIETA.

Neal Malone.

ESTUDIO DE COSTUMBRES.

1.

No ha existido jamás un sastre de corazón tan animoso como Neal Malone; aunque su estatura era de cuatro pies escasos, andaba con tanta prosopopeya y aplomo como un gigante, y cualquiera hubiera dicho que dependía de su voluntad el hundir con sus pies el globo terráqueo. No se diga, pues, en adelante en Irlanda que entre nueve sastres apenas se compone un hombre, porque Neal Malone dió un solemne mentís á la denigrante acusación que pesaba sobre la corporación de las piernas cruzadas, haciéndola desaparecer como una mancha del cuello de una levita, y realizando el buen nombre del oficio.

Neal descendía de una familia belicosa que se había distinguido en tantos combates como el más encapotado héroe de la antigüedad, y no debe asombrarnos por consiguiente que su sangre se rebelase contra la cobardía de su profesión, y que fuera una especie de modelo del valor y heroísmo que puede haber en un hombre que nunca pelea, porque nos hemos olvidado de advertir al lector de que á pesar de su valentía, Neal no había medido aun sus fuerzas con ningún hombre. Sin embargo, esto no rebaja en nada su valor, porque si no peleaba era únicamente porque no había encontrado más que cobardes. Nadie quería medir sus fuerzas con él. En vano se inflamaba su ardor; estaba condenado á no saciar su sed de combate sino con el whisky que solo contribuía á acrecentarla; en una palabra, no encontraba enemigos.

En vano desafiaba con frecuencia á los más diestros de su pueblo en el manejo del palo y del puño, y provocaba á hombres que pesaban doscientas libras, en vano; parecía que todos veían en él cierto no sé qué de terrible que les decía que un lance con Neal agostaría sus laureles. Neal miraba su temor con altiva indignación; lamentaba la degeneración del siglo; le era muy doloroso verse condenado, siendo descendiente de una familia tan belicosa, á pasar la vida pacíficamente en tanto que en torno suyo se menudeaban los garrotazos y las contiendas, y consideraba como una calamidad el ver todas las cabezas rotas menos la suya, no haber podido llevar jamás el brazo en cabestrillo ni tener el más leve rasguño en la piel.

— ¡Por vida de Barrabás! exclamó un día de feria que estaba un poco alegrillo, ¿no he de tener nunca una jarana? ¿No hay acaso uno solo entre esos cobardes que se atreva con Neal Malone? Por una ó por otra razón, el caso es que *me consumo por no poder dar ó recibir una tunda*, y deshonoré mi nombre con la vida que llevo. Quiero batirme, ya sea con un amigo, ya con un enemigo, sin consideración alguna; es preciso que mi ardor se desahogue.

Inútil heroísmo: Neal no podía encontrar un adversario, y todos sus amigos, es decir, todos los habitantes del pueblo, estaban por el contrario prontos á tomar su defensa. Le daban tantos golpes y estrujones amistosos en el hombro que casi tenía dislocados los huesos de todo su cuerpo, y eran tantos y tan fuertes los apretones de manos que recibía, que á veces estaba una semana entera sin poder manejar la aguja. Esta posición hubiera sido insufrible para cualquier hombre, pero es doblemente calamitosa para un sastre pendenciero.

Por más que hacía esfuerzos para salir, armar contienda con sus conocidos, insultarles y calumniarles con una riqueza de ingenio que hubiera avergonzado á nuestros novelistas, nadie se enojaba, y todos con cristiana resignación volvían á ofrecer á Neal la megilla con afabilidad, después de abofetearles.

Neal era capaz de resignarse á todas las penas y disgustos; pero ¿cómo había de resignarse á aquella paz forzosa? Ella le produjo lo que el doctor Burton llama melancolía ventosa, la cual era un depósito de valor que no podía exhalarse exteriormente, si es que puede decirse sin impropiedad que el valor tiende á exhalarse. Hallábase inquieto sobre su mesa donde en vez de cortar tranquilamente el paño, enarbolaba las tijeras como si estuviera á la cabeza de un ejército; gastaba enormes trozos de yeso tirando líneas sobre la tela, y hasta le sucedía el percance de coger la plancha candente sin almohadilla. Estos síntomas alarmaron á sus amigos que le decidieron á que consultase con un médico. Neal accedió por darles gusto, pero bien cierto estaba de que ninguna droga le sacaría el valor del cuerpo, y de que tenía demasiada dosis de heroísmo para que ningún boticario pudiera convertirle en cobarde. El doctor le propinó una sangría, pero Neal se opuso á derramar su sangre de un modo tan pacífico. El heroico sastre estaba decidido á no sacársela de su cuerpo sino combatiendo; sus antepasados no habían conocido nunca otra lanceta que el garrote, y Neal no era capaz de faltar á los principios de su familia.

Sus amigos no sabían ya que hacer al ver que reservaba su sangre para circunstancias más gloriosas, y al oírle repetir continuamente su aclamación favorita: *Me consumo por no poder dar ó recibir una tunda*, hacían los mayores esfuerzos para alimentar en su alma esta esperanza, le manifestaban que vivían en un país excelente para un hombre atacado de su enfermedad, y le prometían que le buscarían un enemigo ó dos que satisficieran cumplidamente su deseo.

Esta esperanza le consoló durante algún tiempo, pero como trascurrían los días sin la más lejana probabilidad de batalla, su valor se acrecentaba y exasperaba, su alma empezaba á enmohecerse como un acero que permanece mucho tiempo en la vaina; miraba la punta de su aguja y el filo de sus tijeras con amarga sonrisa, y trastornándole el cerebro su belicosa monomanía, hacía los más ridículos disparates en el ejercicio de su profesión. Enviaba á uno de sus parroquianos una levita con piernas de calzones en vez de mangas, y á otro las mangas unidas en forma de calzones; perdía la salud, la alegría, el apetito, todo menos su valor; su rostro perdió el color, desapareció hasta su aire fanfarrón, y su cuerpo se encogió como un rábano seco. Tres veces tuvo que estrecharse la ropa, y tres veces patentizó que necesitaba indispensablemente una gran parte del día para ir en busca de su propia persona por entre la soledad de su desierto vestido.

Dios sabe cuán difícil es formarse una idea exacta de una situación tan extraordinaria como la de Neal. Nadie dudará que casi raya en prodigio el que un hombre se vea reducido á la piel y los huesos por ser querido de

todo el mundo, y sin embargo, para resumir esta idea en una paradoja de nuestra cosecha, afirmamos que mayor número de hombres se ha elevado en el mundo con la animosidad de sus adversarios que con la benevolencia de sus amigos: esta proposición puede ampliarse bajo todos sentidos, y aplicarse, si se quiere, hasta á la horca.

Hallábase un día Neal sentado sobre las piernas cruzadas á usanza de los sastres, y remendaba unos calzones; sus manos estaban apoyadas sobre el mango de su plancha y la barba apoyada sobre las manos. Al ver su aspecto lleno de tristeza, cualquiera hubiese dicho que estaba en posición de ser retratado, como un modelo de miseria ó de heroísmo en decadencia, más bien que en el modesto acto de remendar unos calzones. Permanecía aun en esta actitud cuando entró en la tienda el señor O'Connor, el maestro de escuela, cuyos calzones cambiaba de ferro y de lado por tercera vez. El maestro de escuela era también un tipo tan completo del infortunio como el sastre: tenía una expresión de abatimiento resignado que indicaba una crecida dosis de calamidad; á cada lado de su nariz se distinguían dos profundos barrancos que habían formado sus lágrimas, y en una palabra, á juzgar por la apariencia, el sastre y él estaban tan tristes, descarnados y mustios que parecían luchar á quien estaría más afligido.

— Señor O'Connor, dijo el sastre cuando entró el maestro de escuela; ¿no tomáis asiento?

El señor O'Connor se sentó, y después de enjugarse la frente y dejar el sombrero sobre el tablado, se puso la mitad del pañuelo en el bolsillo y miró al sastre. El sastre miró igualmente al maestro, pero ni uno ni otro rompieron el silencio en algunos minutos. Neal parecía abismado en su propia miseria y el señor O'Connor en la suya, ó tal vez, porque cuando nada cuesta, fácilmente se simpatiza con las desgracias de los amigos, el sastre estaba abismado en la miseria del señor O'Connor y este en la del sastre.

El señor O'Connor dijo por fin:

— Neal, ¿están compuestos mis calzones?

— Pronto estará acabado el remiendo, respondió Neal, pero os juro por mi conciencia, señor O'Connor, que en lo que menos pienso es en vuestros calzones. No soy ni la décima parte de lo que era, y no se hallaría en mí tela bastante para forrar un cuello.

— ¿Sois capaz, Neal, de llevar un palo?

— Tengo uno de avellano que es cómodo, ¿pero para qué he de usarlo si no puedo hallar á nadie con quien batirme? *Me consumo por no poder dar ó recibir una tunda*. Pero si tuviérais paciencia...

— ¡Paciencia! repitió O'Connor moviendo la cabeza con ademán lastimoso, ¿me preguntáis si tengo paciencia?

— Sí, dijo Neal, y por vida mía que si negais que he dicho paciencia, os abro la cabeza de un puñetazo.

— ¡Ah! añadió el maestro, no lo niego, Neal, porque aunque enseño la filosofía y las matemáticas, yo mismo soy noche y día en la escuela la personificación de la paciencia. No, Neal, jamás niezo nada, y fuera de mi clase no recuerdo que haya hecho la oposición á nadie durante catorce años. Solamente una vez llegué á expresar una sombra de duda haré unos diez años, pero desde entonces hasta he renunciado á dudar. Aquella duda era el último esfuerzo para sostener mi autoridad doméstica, pero cara me ha costado.

— Pues bien, dijo Neal, si teneis paciencia voy á contaros de la cruz á la fecha la historia de mi aflicción.

— Tendré paciencia, respondió O'Connor.

El sastre le contó entonces con acento indignado su lastimosa historia.

— Me habeis contado eso ya cincuenta veces, dijo el señor O'Connor cuando cesó de hablar el sastre, teneis el genio demasiado guerrero para una vida pacífica; pero si seguís mi consejo, os enseñaré á llenar de borrascas vuestra existencia. Casaos. Hace veinte y cinco años que enseño la filosofía y las matemáticas, y estoy bastante versado en el estudio del matrimonio para declararos que soy de parecer de que si tomáis mujer, antes de haber vivido juntos tres meses, dejareis de quejaros de exceso de paz y de tranquilidad.

— ¿Es decir que creéis que una mujer me hará miedo? preguntó el sastre levantándose con decidida intención de coger un palo. Repetid, repetid esas palabras para sacudiros de lo lindo.

— Neal, dijo el maestro de escuela con mansedumbre, no tengo ganas de reñir, y he sido derrotado tantas veces que ya he perdido la esperanza de vencer á nadie. Tiempo hace ya que se ha evaporado mi energía. ¿No sabeis cuánto he tenido que estrechar la ropa en estos cinco últimos años? Oidme, Neal, y prosternaos ante mis palabras como si salieran de la boca de una profeta: si tanto deseo teneis de ser maltratado, si os consumís, como decis, por no dar ó recibir una tunda, si estais cansado de vivir en paz, *tomad mujer*. Neal, enviadme pronto mis calzones porque los esperan. ¿Me entendéis? Adios.

Y el señor O'Connor salió después de pronunciar estas palabras, y Neal se quedó largo rato con el palo en la mano mirando la puerta con ademán feroz, desdeñoso y pensativo.

¿Cuántas personas tienen la dicha debajo de sus manos y lo ignoran! El sastre había sido desgraciado hasta entonces porque seguía una errada senda; pero el maestro de escuela le inspiraba una nueva idea que trató de adoptar con todo el ardor de un temperamento caballeresco, y hasta llegó á asombrarse de que el espíritu belicoso de su familia se hubiese señoreado de su corazón hasta el punto de ahogar el pensamiento de

casarse, pues sus antepasados, lejos de ser tan exclusivos, tan dispuestos estaban para el casamiento como para la batalla. ¿Quién lo duda? No imitándolos en todo, arrojaba una mancha en su escudo, y por otra parte, reflexionó sábiamente que si no se casaba no podía legar á nadie su valor. La cuestión cambiaba de aspecto si hubiera podido legarlo á alguno de sus amigos más notables por su cobardía, pero esto era imposible.

La metamorfosis que experimentó Neal desde la visita del maestro de escuela, llenó de asombro á cuantos le conocían. Se vió precisado á ensanchar la ropa que había estrechado temerariamente; su cuerpo aumentó de volumen; su mirada era menos ardiente pero más brillante, y su aspecto marcial se trocó prodigiosamente en galantería. Sin embargo, no pudo dar igual cabida en su alma al amor y al heroísmo; esto hubiera sido quizás una excesiva exigencia. Su política era más hábil: resolvió agotar toda su energía en poner sitio á la niña que destinaba al alto honor de recibir su mano.

Su existencia había sido hasta entonces un invierno oscurecido por los huracanes y las tempestades; las virtudes feroces habían hecho ruido con él en el mundo, y cada palabra suya era un trueno, cada mirada un relámpago; pero todo había ya cambiado, y su vida era una perpetua primavera. Esparcióse por todo su cuerpo un calor fecundante; todas las cualidades apacibles y amables empezaron á florecer en su corazón; su alma se reverdecía, todos sus días eran serenos, y si aparecía alguna nube, luego amanecía sobre ella un arco iris montado á horcajadas, donde se veía sentada una niña encantadora que se le sonreía desde el cielo y parecía decirle: «Caramba, Neal, ¿porqué no te casas?»

Neal tenía bastante perspicacia para conocer que lo que sentía era amor, pues todo el amor era capaz de causar su reciente expansión. Ya no le fastidiaba el trabajo, y cantaba mientras cosía desde la mañana hasta la noche. ¡Honor eterno á Neal Malone por la originalidad con que manejaba la más dulce de las pasiones! No imitó al vulgo de los amantes que empiezan por buscar una jóven y se enamoran en seguida de ella; nada de eso: tenía su pasión preparada de antemano como cortada y cosida del todo, y dispuesta para la persona á quien podía sentarle bien. Era un amor en estado abstracto, pero no era sin embargo platonismo, porque este no se casa. Llamado si os parece socrático, el cual se casa, y por consiguiente se resigna y aguanta.

II.

Neal no olvidó el servicio del maestro de escuela ni dejó de agradecerse como debía; el señor O'Connor fué la primera persona á quien consultó acerca de su pasión. Dirigióse á casa de este hombre melancólico con el alma rebosando de alborozo, y le anunció, desahogando su corazón, que estaba enamorado.

— Enamorado, Neal, dijo el maestro de escuela, ¿puedo saber de quién?

— Por ahora de ninguna mujer en particular; pero hace algún tiempo que estoy perdidamente enamorado del bello sexo en general.

— ¿Y á eso llamais estar enamorado, Neal?

— ¿Pues cómo ha de llamarse? ¿Acaso no estoy enamorado?

— En ese caso lo que sentís es lo que se llama pasión universal, y en vos veo el primer ejemplo.

— Deseo que me aconsejéis lo que debo hacer. No podeis figuraros cuán feliz soy desde que he principiado á enamorarme del bello sexo y á pensar en el matrimonio.

El maestro de escuela volvió á menear la cabeza y pareció medianamente desdichado; Neal se frotó alegremente las manos y pareció completamente feliz. El maestro de escuela movió otra vez la cabeza y pareció más desdichado que antes; y la dicha de Neal se aumentó también cuando volvió á frotarse las manos.

Ahora bien, quiero descubriros sin demora este secreto diciéndoos que el señor O'Connor no hubiera parecido tan desgraciado si Neal no hubiese presentado un exterior tan feliz, y que Neal no hubiera presentado este exterior si el señor O'Connor no hubiese parecido tan desdichado. ¡Notables efectos del contraste!

— Neal, dijo el maestro de escuela, ¿sois capaz, haciendo un esfuerzo de imaginación, de contentaros con alimentar vuestra pasión en la soledad y amar al bello sexo desde lejos?

— Como ya estoy enamorado, respondió Neal, me parece que ha llegado el caso de buscar una mujer.

— ¡Ah! Neal, no tenteis al destino. ¡Caiga sobre vuestra cabeza vuestra temeridad con todas sus consecuencias!

— Alto ahí, dijo el sastre; no he venido aquí á oír lamentaciones, sino á saber si podeis prestarme vuestro auxilio para casarme. Lo demás es predicar en desierto.

Imitación del inglés de Warrens.

(Se concluirá.)

GREGORIO AMADO LARROSA.

Exposicion de bellas artes de 1857.

(Véanse los números 236, 237, 238, 239, 241, 242 y 243.)

Entre los cuadros de género llama extraordinariamente la atención un pequeño lienzo titulado de *Salida del baile de máscaras*, debido al diestro pincel de M. GEROME, uno de los jóvenes artistas á quienes la pintura de gé-

nero parece haber arrebatado á las tendencias mas poéticas de su talento, que manifestó bien claramente en sus primeras obras de los *Jóvenes griegos*, — *El siglo de Augusto y el nacimiento de Jesus*. Su cuadro de este año es una especie de epigrama que la multitud comprende y ve con interés: representa un desafío. El insulto que provocó la lucha fué tan violento, que combatientes y padrinos no tuvieron tiempo para mudarse el traje; llegaron al amanecer á la orilla de un bosque, y los coches que los trajeron se destacan sobre la nieve á pocos pasos. En primer término un hombre vestido de payaso acaba de recibir una estocada mortal y cae en los brazos de sus amigos. A poca distancia se alejan un arlequin y un osaje.



Exposicion de 1857. — Un entierro, cuadro por M. L. Knaus.

En este cuadrillo resalta una expresion de verdad que sobrecoge el ánimo. En prueba de lo que excita la curiosidad diremos que ha sido vendido en 20,000 francos.

han debido ponerles cepos en las muñecas para conducirlos con mas seguridad á la gloria. Un destacamento de soldados albaneses con su uniforme pintoresco y sus

Los demás lienzos de M. Gerome son reminiscencias de su viaje á Oriente, excepto el de los *Pifferari*. Entre nuestros dibujos reproducimos uno de ellos, el que se titula *Reclutas egipcios atravesando el desierto*. Vemos en él una porcion de fellahs, pobres diablos de distintas razas sacados del fondo del Egipto para ser incorporados en el ejército. Marchan de dos en dos bajo un cielo implacable alumbrado por un sol de fuego, pisando un suelo de polvo, con el entorpecimiento estúpido y la sombría indiferencia del hombre oprimido por la fatalidad. Todos ellos tienen una repugnancia instintiva por el servicio militar, y



Reclutas egipcios atravesando el desierto, cuadro por M. Gerome.



Exposicion de 1857. — Francisco I y la duquesa de Etampes visitando el taller de Benvenuto Cellini, cuadro por M. P. Comte.

ricas armaduras están encargados de conducir á esos héroes futuros, cuyas segundas filas desaparecen en el polvo.

El traje tiene mas importancia que las cabezas, que

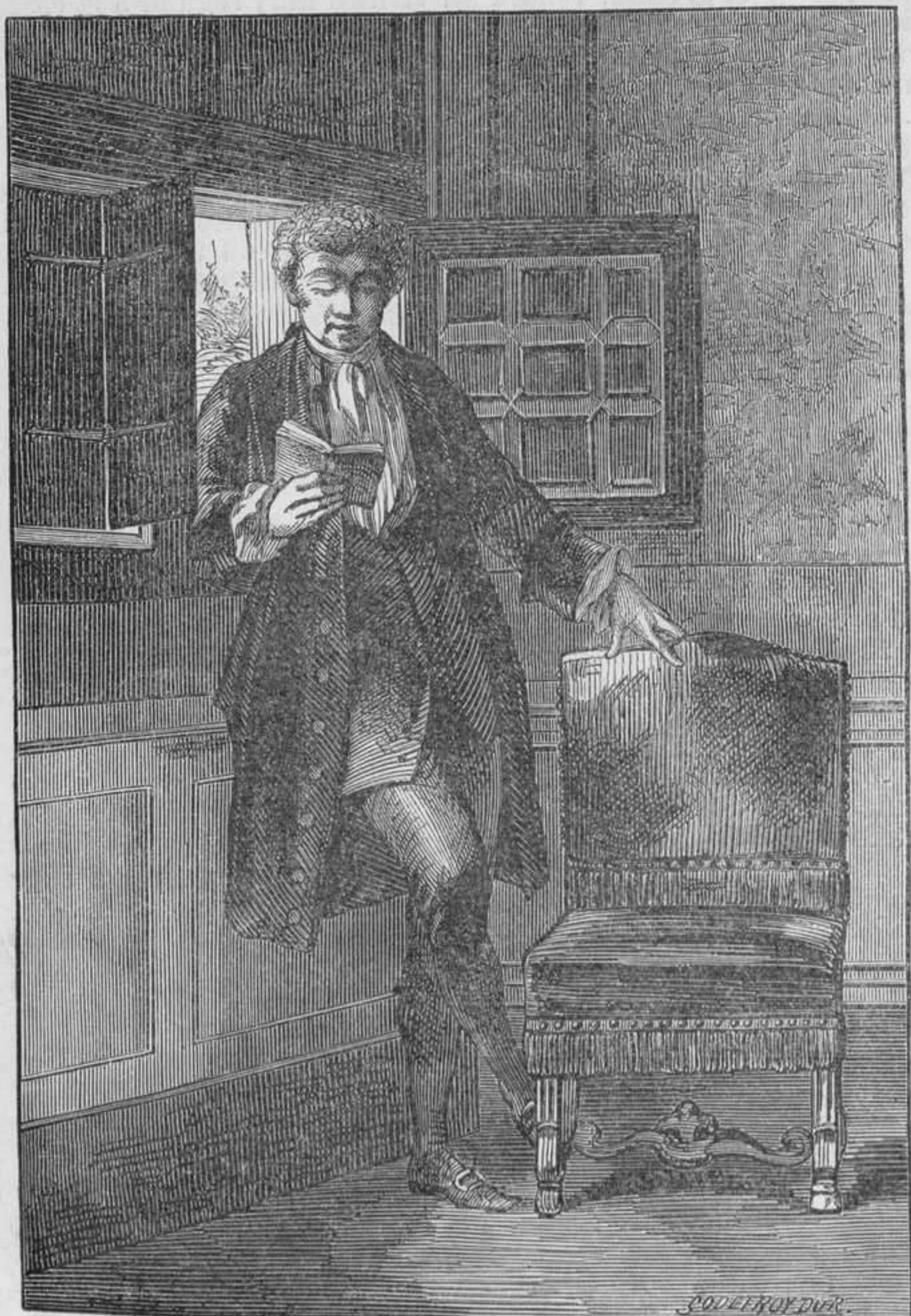
no están tratadas con el cuidado minucioso que se observa en el cincelado de las armas, en los bordados y en los pliegues de las vestiduras. Sin embargo el conjunto tiene el carácter de verdad que puede esperarse de un

observador tan hábil para conservar la memoria de lo que ha visto. Una sola cosa sorprende aquí, y es la ausencia del sol bajo un sol que abrasa. Pero esto es un efecto de la luz extremada en el Oriente que cuando cae á plomo sobre los objetos, los descolora, destruye en parte las tintas, y solo conserva un valor de tono relativo. El público acostumbrado á las mentiras poéticas y vistosas del Oriente, de Marilhat, de Decamps y de sus visitantes, no puede aceptar como verdadero ese Oriente copiado á lo vivo.

M. COMTE. *Francisco I y la duquesa de Etampes visitando el taller de Benvenuto Cellini.* — M. Comte va conquistando un puesto en el género de la pintura anecdótica particularmente aplicada á la historia de Francia. Cuatro cuadros ha expuesto este artista, y uno de ellos es el que reproducimos. Francisco I no es un personaje que con facilidad se introduce en escena; es difícil sacar partido de ese moceton de cara grotesca y de estatura extraordinaria. Cellini por su parte ha sabido pintarse demasiado bien en sus curiosas Memorias para que un artista crea hacer ilusion dándonos su retrato. Uno de los acompañantes de Francisco I tiene una fisonomía de tonto, como pueden verse sin duda en una corte, pero que es preferible no poner en un cuadro. Una mitad de este nos parece de una ejecucion muy satisfactoria; es la mitad donde está Benvenuto Cellini que tiene á su espalda tres de sus obreros.

M. KNAUS. *Un entierro.* — Este cuadro es quizá el único de la Exposicion donde, á nuestro juicio, se

descubren las huellas de la influencia de la pintura inglesa expuesta en 1855. Parécenos se encuentra en la frescura un poco exagerada de las carnes de los jóvenes de ambos sexos, y en el tono amarillo de la selva



Un joven leyendo, cuadro por M. Chavet.



Cain y Abel, cuadro por M. de Moulignon.

atraviesa el entierro, y que recuerda las aguadas de los parques ingleses. Esas cabezas tan bonitas mas parecen de querubines que de niños; algunas sin embargo tienen mucho sentimiento, pero hay exageracion evidente en lo bonito. La cabeza del maestro de escuela presenta una expresion de gravedad afectada. Aunque haya exceso de brillo en algunas partes de esta composicion, debemos felicitar al artista porque ha sabido libertarse de cierta pesadez de tonos que se descubria en sus primeras obras.

M. CHAVET. *Un joven leyendo.* — El pintor se muestra en este cuadro un imitador de M. Meissonnier, aunque con menos dibujo y una ejecucion menos segura y precisa. La actitud es natural; la mano está bien apoyada en el respaldo del sillón; pero produce mal efecto el marco de la ventana, justamente detrás de la cabeza. — Además de esta composicion que tiene un colorido digno de alabanza, M. Chavet ha expuesto algunas escenas de la vida moderna, en que hay mucha verdad.

M. MOULIGNON. *Cain y Abel (traducción libre.) Argel.* — Este título de Cain y Abel podría alarmarnos si se tratara de analizar algún lienzo de consideracion dedicado a esa terrible historia bíblica. Pero no es así felizmente; se trata solo de una niña que se ha trasladado a Argel para que se luzca el turbante.

J. D. P.

EULALIA

POR M. E. ABOUT.

(Continuacion.)

— Eso es, que os entierren á todos juntos; ¿y qué será de mí cuando me quede solo?

— Sereis rico, mi querido padre, exclamó Eulalia abriendo la puerta del comedor.

La duquesa se levantó con presteza y corrió á su hija, pero esta no necesitaba ningún apoyo: dió un beso á su madre, y se adelantó hasta la cama con paso firme y resuelto, el paso de los mártires.

Estaba vestida de blanco. Un rayo del pálido sol de enero caía sobre su frente y la ceñía con una aureola. En su rostro sin color solo se notaba el brillo de sus grandes y negros ojos. Una masa de cabellos de oro finos y abundantes se amontonaba sobre su cabeza. El pelo es el último adorno de los tísicos, adorno que conservan hasta el fin y que se llevan al sepulcro. Sus manos transparentes colgaban á lo largo de su cuerpo entre los pliegues de su vestido blanco. Tan delgada estaba que se asemejaba á esas criaturas celestes que no tienen ni las bellezas ni las imperfecciones de la mujer.

Se sentó familiarmente al borde de la cama, enlazó con su brazo derecho el cuello de su padre, tendió su mano izquierda á la duquesa, y la llevó hácia ella. Por último mostró la silla al doctor y le dijo:

— Sentaos ahí, señor doctor, para que esté completa la familia. No me arrepiento de haber estado escuchando á la puerta. Vuestra discusion me ha dado á conocer que puedo hacer algo bueno en el mundo, ¡cuán distante estaba de suponerlo! Testigos sois de que no sentia la vida y que ya estaba resignada á morir hace mas de seis meses. Es esta una morada bien triste para aquellos que no pueden respirar sin dolor. Mi único sentimiento era legar á mis padres un porvenir de dolores y de miserias; ahora estoy tranquila. Me casaré con el conde de Villanera y adoptaré á su hijo. Mil gracias, querido doctor, os lo debemos todo. Mi madre y mi padre vivirán, y mi muerte no será inútil. Me quedaba por todo bien el recuerdo de una vida pura, un nombre sin mancha como el velo de una virgen del Señor, doy todo eso á mis padres. ¡Oh! No meneéis la cabeza, querida madre, no se desobedece á los enfermos, ¿no es verdad, doctor?

— Señorita, respondió el doctor, sois una santa.

— Sí, ya me esperan allá arriba, mi nicho está dispuesto.

Y al hablar así su voz tenia algo de aéreo, de sobrenatural, algo que hacia pensar en la serenidad de los cielos.

La duquesa se estremeció al oirla; se le figuró que el alma de su hija iba á echar á volar como un pájaro cuya jaula han dejado abierta. La estrechó en sus brazos y la dijo:

— No, no nos dejarás, iremos todos á Italia y el sol te pondrá buena. El conde es un hombre de corazón.

La enferma se encogió de hombros y respondió:

— El hombre de quien habláis debería permanecer en Paris, puesto que tiene aquí sus placeres, mientras yo pagaba mi deuda con tranquilidad. Sé á lo que me comprometo tomando su nombre: ¿qué se diría ¡gran Dios! si yo les diera el chasco de ponerme buena? La Chermidy me haría expulsar de este mundo por la justicia. Doctor, ¿será preciso que vea yo al conde de Villanera?

El doctor respondió con una señal afirmativa.

— Vamos, respondió la joven, le pondré buena cara. En cuanto al niño no me costará trabajo quererle, siempre me han gustado los niños.

La duquesa alzó los ojos al cielo con la expresion de un náufrago que mira la tierra.

— Si Dios es justo, exclamó, no nos separará; nos llevará á todos en un día.

— No, querida madre, viviré para mi padre, y vos, mi querido padre, vivireis para vos mismo.

— Te lo prometo, respondió sencillamente el duque.

Ni la duquesa ni su hija advirtieron el egoismo mons-

truoso que envolvía esta respuesta. Se conmovieron hondamente, mientras el médico se sonreía.

Semiramis anunció que el almuerzo del señor duque estaba en la mesa.

— Me marchó, pues, dijo el doctor, voy á llevar grandes noticias al conde de Villanera. Es de creer que hoy mismo recibireis su visita.

— ¿Tan pronto? preguntó la duquesa.

— No tenemos tiempo que perder, dijo Eulalia.

— Entre tanto, repuso el duque, vamos á lo mas urgente, almorcemos.

III.

LAS BODAS.

El doctor tenia un coche á la puerta. En él se fue á una confitería famosa del boulevard, compró un cofrecillo de palo de violeta, le mandó llenar de dulces, volvió al carruaje, y en breve estuvo á la puerta de la Chermidy.

La hermosa arletiana era dueña de la casa en que vivía, pero solo ocupaba en ella el piso principal. El portero, que era uno de sus criados, daba dos golpes con un aldabon cada vez que se presentaba una visita.

Las puertas se abrieron al punto ante el joven doctor. Un lacayo le tomó el paletó de sobre los hombros con la mayor destreza, y otro le introdujo sin anunciarle en el comedor. El conde y la Chermidy se sentaban á la mesa. La Chermidy le saludó muy afable, y el conde le estrechó la mano.

Almorzaban en una mesa ovalada de encina esculpida sin mantel. El comedor estaba revestido de artesonados antiguos y de pinturas modernas. El techo era una copia del *Banquete de los dioses*. La alfombra habia venido de Esmirna, y las jardineras de Macao. Una araña flamenca de cuerpo abultado y redondo con ramales delgados, pendía del centro del techo sin respeto por la asamblea de los dioses. En dos aparadores esculpidos por Knecht se veía una profusion extraordinaria de servicios de plata, las botellas de Bohemia, los vasos de Venecia, los platos de la China. Los mangos de los cuchillos provenian de un servicio de Sajonia encargado para Luis XV.

Si el doctor hubiese sido aficionado á las antítesis habria podido hacer una comparacion bastante interesante entre la casa de la Chermidy y la del duque de la Torre de Embleuse. Pero los médicos de Paris son filósofos imperturbables que viajan entre el lujo y la miseria sin asombro, como pasan del calor al frio sin constiparse.

La Chermidy estaba envuelta en una capa de raso blanco; traje que la hacia parecerse á una gata en un almohadon, á una joya en un estuche. Nada ha podido verse nunca tan brillante como su persona. Tenia treinta y tres años, una hermosa edad para las mujeres que han sabido conservarse. La hermosura, el mas precioso de los bienes terrestres, exige constantes cuidados; la da la naturaleza, el arte puede aumentarla aunque no mucho, pero es preciso saberla conservar. Las pródigas que la malgastan y las avaras que no hacen nada por ella, alcanzan igual resultado; la mujer de genio es aquella que se gobierna con prudencia y economía.

La Chermidy, nacida sin pasiones y sin virtudes, sóbria en los placeres, siempre serena en el fondo de su corazón con las apariencias de una viveza meridional, cuidó su hermosura como su fortuna. Mas precauciones tomaba con su belleza que un tenor con su voz. Era de esas mujeres que dicen locuras á cada instante, pero que no las hacen sino cuando conviene; era capaz de arrojar un millon por la ventana para hacer entrar dos por la puerta, pero tenia demasiada prudencia para cascar una avellana con sus dientes.

Difícil habria sido que la reconocieran sus antiguos admiradores de Tolon, tanto habia ganado su hermosura. Sin ser tan blanca como una flamenca, habia encontrado no sé dónde ciertos reflejos nacarados. Su salud resplandecía en sus mejillas de color de rosa; su boca pequeña y redonda parecia una gruesa cereza cortada por los pájaros á picotazos. Sus ojos chispeaban en sus órbitas oscuras, como una llama de sarmientos en la chimenea. La indiferencia y el candor formaban sobre su rostro una careta deliciosa. Sus cabellos de un negro azulado se destacaban sobre su frente pura como las alas de un cuervo sobre la nieve de diciembre. Todo en ella era fresco, risueño y juvenil; buenos ojos se habrian necesitado para notar en las dos extremidades de aquella linda boca dos arrugas imperceptibles, finas como el cabello rubio de un recién nacido, y que ocultaban una ambicion insaciable, una voluntad de hierro, una perseverancia china y una energía capaz de todos los crímenes.

Sus manos, quizá algo cortas, eran blancas como el marfil, y sus dedos redondos, ondulados, torneados, afilados con uña larga á la punta. Su pié era el pié diminuto de las andaluzas, y le mostraba tal como era, sin hacer la tontería de calzar botitas largas. Todo su cuerpo era corto y torneado como sus manos y sus piés; el tallo un poco grueso, los brazos algo abultados; tenia demasiada robustez, si se quiere, pero era la robustez diminuta de una codorniz, el grueso apetecible de una fruta exquisita.

El conde la contemplaba con una admiracion de niño. Los amantes de toda edad son unas criaturas. Segun las teogonías antiguas, el Amor es un *baby* de poco mas de cinco años, y sin embargo, Hesiodo afirma que es mas viejo que el tiempo.

El conde de Villanera descendiendo en línea recta de aquellos españoles caballescicos que el divino Cervantes criticó sin admirarlos un poco. Nada en él manifiesta un origen napolitano, y se diria que sus antepasados se encarnaron con armas y bagajes en la antigua virtud de la España heróica.

Es un joven muy formal, frio, un poco altanero, con un corazón de fuego y un alma encendida. Habla poco, nunca sin reflexion, y en su vida echó una mentira; no discute jamás, y por consiguiente ignora los encantos de la conversacion. Se rie muy rara vez, pero su sonrisa tiene una gracia afable que no carece de grandeza. Convengo en que la alegría haria mal efecto en su rostro. A primera vista solo se nota en él su largo bigote negro, puntiagudo y reluciente. Su nariz aguileña se encorva como el pico de un águila: sus ojos son negros, sus cejas negras, sus cabellos negros y su color de un moreno acentuado. Sus dientes serian mas hermosos si no fumara. En cuanto á su boca, tiene dos labios rosados como los de un niño. Sus brazos y sus piernas, sus manos y sus piés tienen un rasgo aristocrático. En fin, con la estatura de un granadero reúne el aire de un príncipe.

Ahora si se me pregunta cómo un hombre tal habia podido caer en los lazos de la Chermidy, responderé que la dama estaba llena de atractivos y de habilidades. Las personas del temple de Villanera no son las mas difíciles de coger, y con mas aturdimiento que el zorro cae el leon en la trampa. La sencillez, la rectitud y todas las cualidades generosas son otros tantos flacos; un buen corazón no desconfia fácilmente de los cálculos y de las astucias de que es incapaz, y cada cual hace el mundo á su imagen. Si hubieran dicho al conde que la Chermidy le amaba por interés, se habria encogido de hombros. Nunca le habia pedido nada, no habia hecho mas que aceptar sus ofertas; al tomar cuatro millones le hizo un favor; la debia el favor de haber recibido los cuatro millones.

Por lo demás, al ver las miradas que el conde la arrojaba por intervalos, era muy fácil adivinar que toda la fortuna de los Villanera podia cambiar de manos en el espacio de ocho dias. Un perro tendido á los piés de su amo no se muestra mas atento, ni mas respetuoso que el conde. En sus grandes ojos negros se leia la gratitud apasionada que todo hombre delicado consagra á la mujer que ha elegido, y la admiracion religiosa de un padre joven por aquella que le ha dado un hijo idolatrado. Veíase en fin, como un deseo no satisfecho, una humilde sumision de la fuerza al capricho, el temor de las resistencias, una sollicitacion inquietá que probaba que la Chermidy era mujer de talento.

El doctor sentado enfrente del conde, formaba con él un contraste singular. M. Le Bris es lo que llaman un muchacho guapo. Quizá le faltan un par de centímetros para llegar á la estatura ordinaria, pero es un hombre bien configurado. Su fisonomía tiene expresion, pero no he notado si su nariz es corta ó larga; ello es que su rostro dice muchas cosas. Se viste con una pulcritud que toca á la elegancia; sus patillas de color de castaña tienen siempre buen corte, y la raya de sus cabellos se continúa por detrás de su cabeza. No es un hombre comun, y sin embargo no sale del comun de los hombres. Ninguna joven soltera le negaria su mano por su físico, pero mucho me asombraría que alguna se arrojara por él al Sena. Tendrá un vientre muy regular á la edad de cuarenta años.

De todos modos es un médico admirable; recorre mañana y tarde todos los escalones de la sociedad, y se encuentra bien con todo el mundo. Es un Aleibiades humilde que entra naturalmente en las costumbres de todo país. Le estiman los nobles por su reserva, los banqueros por su talento, los comerciantes por su franqueza. Las mujeres de todas las clases trabajaron activamente para darle fama, y todo porque cuando se halla cerca de una enferma vieja ó joven, fea ó bonita, manifiesta siempre una amabilidad, una especie de galantería mestiza hija del amor y del respeto. Jamás se explica sobre la naturaleza de ese sentimiento, porque quizá no tiene explicacion ni para él mismo; pero todas las mujeres le profesan una compasion benévola que le hará adelantar rápidamente.

Sus antiguos compañeros de estudios le llaman por ese motivo *la llave de los corazones*. Yo conozco una familia que no sin causa le llama *la Tumba de los secretos*. Sus jóvenes parroquianas del barrio de San German le riñen porque suele ir á la ópera entre bastidores.

— Tenemos ya lo que se desea, tumba de los secretos, le dijo la Chermidy con su ligero acento marsellés.

— Sí señora.

— ¿Es la tísica en cuestion?

— La señorita de la Torre de Embleuse.

— Bien, no nos envilezcamos. Siempre me he compadecido de los tísicos; personas que tosen... Ya veis que el cielo me recompensa.

— Doctor, preguntó Villanera, ¿habeis hablado de las condiciones?

— Todas se aceptarán.

La Chermidy lanzó un grito de alegría.

— Negocio concluido. ¡Viva Paris donde se compran duquesas al contado!

El conde frunció el ceño; el doctor repuso con presteza:

— Conozco vuestro corazón, y si hubiérais podido venir conmigo, habríais llorado.

— ¿Tanto enternece una duquesa que vende su hija? ¿Es un episodio del mercado de esclavos?

— Diria que es mas bien un episodio de la vida de los mártires.

Y el doctor contó la escena en que había desempeñado su papel. El conde se enterneció en extremo. La Chermidy tomó su pañuelo y enjugó dos hermosos ojos que no lo necesitaban.

— Mucho me alegro, dijo el conde, que la resolución haya provenido de ella; si los padres hubieran aceptado por sí y ante sí, quizá los habría juzgado mal.

— Antes de juzgarlos, señor conde, habría sido preciso saber si tenían pan esta mañana en su casa.

— ¿Si tenían pan?...

— Sí señor, sin metáfora.

— Adios, dijo el conde. Voy á ver á mi madre que estaba durmiendo esta mañana cuando yo salí: pondré en su noticia lo que hay y la preguntaré lo que debo hacer. Doctor, ¿con que hay personas que carecen de pan?

— Algunas he conocido en mi vida; desgraciadamente no he podido ofrecerlas un millon como esta mañana.

El conde besó la mano á la Chermidy y corrió á ver á su madre. La Chermidy se quedó sola con el doctor.

— Puesto que hay personas que carecen de pan, exclamó, tomareis una taza de café. ¿Cómo podría yo ver á la enferma? Quiero saber á quién prestó mi hijo.

— La vereis en la iglesia el día del casamiento.

— ¿En la iglesia! ¿Puede salir?

— Sin duda... en coche.

— En otro grado la creía.

— ¿Deseais pues un matrimonio *in extremis*?

— No, pero quiero estar bien segura. ¿Bondad divina! doctor, ¿qué sería de nosotros si sanara?

— Todos los médicos de Paris se asombrarían.

— Y el conde estaría muy bien casado, y os mataría yo, llave de los corozones.

— ¡Ay! no me crees en peligro.

— ¿Y ese ¡ay! qué significa?

— Perdonadme, hablaba el médico y no el amigo.

— Una vez casada ¿seguiréis cuidándola?

— ¿Debo dejarla morir sin socorro?

— ¡Eh! ¿Para qué se casan con ella? No es para que viva eternamente.

El doctor reprimió un movimiento de repulsion, y contestó con el tono mas natural del mundo:

— ¿Qué quereis? Es una costumbre de médico y ya soy viejo para corregirme. Nosotros cuidamos á nuestros enfermos como el perro de Terranova saca del agua al que se está ahogando. Es cosa de instinto. Un perro salva ciegamente al enemigo de su amo; yo cuidaré á la pobre criatura como si todos tuviéramos mucho interés en sanarla.

Despues que se fue el facultativo la Chermidy pasó á su tocador y se entregó en manos de su doncella.

Por primera vez desde hacia mucho tiempo se dejó vestir sin hablar una palabra; otros cuidados tenia en aquel momento. Aquel matrimonio que ella habia preparado, aquella combinacion feliz que honraba su inteligencia, podia ser su confusion y su ruina. Bastaba un capricho de la naturaleza ó la estupidez honrada de un doctor para aniquilar todas sus esperanzas. Se puso á dudar de todo; de su médico, de su amante y de su estrella.

A eso de las tres principiaron á desfilar las visitas en su salon. La Chermidy tuvo que dirigir una sonrisa graciosa á todas las patillas que se acercaron á su linda frente, y tuvo que extasiarse ante la vista de cuarenta cajas de dulces que todas salian de la misma tienda. Mucho murmuró contra las importunidades del día de año nuevo; pero nada dejó traslucir de la inquietud que la devoraba: todos los que salieron juntos de su casa hicieron mil elogios de ella en la escalera.

La Chermidy poseia un talento muy precioso para una dueña de casa, y consistia en saber dar conversacion á todo el mundo. Hablaba á cada cual de aquello que mas le interesaba, y así ponía á las gentes en un terreno sólido.

Aquella mujer sin educacion, demasiado perezosa y febril para conservar un libro en la mano, se procuraba un fondo de conocimientos útiles poniendo á contribucion á sus amigos. Y todos ellos se lo agradecian; nuestra naturaleza es así: damos gracias interiormente al que nos obliga á manifestar lo que sabemos, ó á contar la historia que contamos con gracia. El que nos hace poner en relieve nuestro talento no es jamás un imbécil, y cuando uno está satisfecho de sí, no está descontento de nadie.

Los hombres mas inteligentes trabajaban en favor de la Chermidy, ora suministrándola ideas, ora diciendo con orgullo secreto:

— Es una mujer superior, ha sabido comprenderme.

En el curso de aquella tarde entabló conversacion con un homeópata de fama que cuida de la salud de personas ilustres, y acertó á interrogarle delante de siete ú ocho personas sobre el punto que embargaba su ánimo.

— Doctor, le preguntó, vos que lo sabeis todo, ¿podreis decirme si curan los tísicos?

El homeópata la respondió con galantería que nunca tendria ella nada que ver con tal enfermedad.

— No se trata de mí, repuso la dama; me intereso muchísimo por una pobre jóven cuyos pulmones se encuentran en el peor estado.

— Enviadla á mi casa; ningun mal resiste á la homeopatía.

— Gracias por el favor; pero su médico, un simple alópata, asegura que ya no le queda mas que un pulmon y dañado.

— Podemos curarle.

— El pulmon, está bien; pero ¿y la enferma?

— La enferma vivirá con un solo pulmon, se han visto

muchos casos. No os prometo que subirá á los Alpes á todo correr, pero vivirá tranquilamente durante muchos años á fuerza de cuidados y de globulillos.

— Mucho es; nunca habria creído que se podia vivir con un solo pulmon.

— ¡Oh! hay ejemplos bastante numerosos; la autopsia ha demostrado...

— ¡La autopsia es cosa de cadáveres!

— Seguramente, y parece que he dicho una tontería; pero voy á explicarme. En Argelia el ganado de los árabes está tísico por lo comun. Los rebaños están mal cuidados, pasan la noche al aire libre, y adquieren enfermedades de pecho. Nuestros súbditos musulmanes no van nunca á casa del veterinario, encomiendan á Mahoma la curacion de sus bueyes y sus vacas. Con este descuido pierden muchas cabezas, pero no todas; los animales sanan á veces sin el socorro del arte y á pesar de todos los destrozos que el mal ha podido hacer en sus cuerpos. Un cirujano del ejército de Africa ha visto matar en Blidah vacas que habian sanado de la tisis pulmonar y que vivian hacia muchos años con un solo pulmon en el peor estado. De esa autopsia queria yo hablar.

(Se continuará.)

Una cacería en el lago Fetzara.

El lago Fetzara en Africa es famoso entre los cazadores por la prodigiosa cantidad de aves acuáticas que van á sus aguas todos los inviernos. Creemos que será leído con interés el siguiente relato de una excursion á ese lago, hecha recientemente por M. A. de Lucy que es también el autor del dibujo que acompaña. Dice así:

«El lago Fetzara ó como le llaman los árabes Gerah Fetzara, se encuentra entre Philippeville, Bona y Guelma, provincia de Constantina. Pienso que debe tener de superficie unos 15 kilómetros del Este al Oeste sobre 12 kilómetros del Norte al Sur. — Su extension es bastante grande para que una infinidad de palmípedos y de zancudas, sin contar las aves de rapiña aficionadas á la caza acuática, acudan allí periódicamente con la seguridad de hallar alimento en las vegetaciones submarinas que hay en el lago por todas partes.

Antes de la conquista, la familia de los colimbo particularmente se habia multiplicado en paz; pero una vez la comarca en nuestro poder, el fusil hizo su oficio, y entrando en la obra una especulacion activa por causa del plumaje plateado del colimbo, fué aquello una destruccion á muerte. Por fortuna el gobernador general de la Argelia, celoso siempre por todos los intereses de la colonia, pensó que aquella caza exterminadora seria una cosa fatal, y en su consecuencia la prohibió por un tiempo indeterminado, ordenando á fin de que su resolucion no fuera letra muerta, que no se tolerase en el lago ninguna embarcacion. — Grande fué el despecho de los cazadores, pero las aves lo celebraron y el lago se volvió á poblar como en otro tiempo.

Un favor especial del señor gobernador concedido en un interés zoológico, me permitió ir á probar fortuna con algunos amigos sobre aquel famoso lago. Con este fin, gracias á la benevolencia de las autoridades de Bona, se botaron á sus aguas tres barquichuelos, y el 30 de abril de 1857 nos esperaban en Hadjar-Merakba donde nos encontramos al amanecer despues de haber pasado una noche en la posada de El-Ain-Morkha. Nos habian precedido unos cuantos auxiliares franceses y árabes; estos para asar un cordero enterito segun su costumbre, y que no vino mal mas tarde.

Las orillas del lago, aunque este se halle rodeado de un cinturón de montañas, son muy llanas; se encuentran generalmente cubiertas de juncos y de cañaverales, y por último una línea de agua mas ó menos ancha forma como una especie de canal libre separado de la masa por unos grandes cañaverales que era preciso atravesar.

Resolvimos que una de las barcas seguiria la línea de agua interior, en tanto que las otras dos levantarían la caza por fuera; algunos tiradores prefirieron emboscarse en el pantano de la orilla; no era mal pensamiento.

Todo esto formaba seguramente un buen plan de campaña; pero como sucede demasiado á menudo, á pesar de los consejos de la experiencia, tercia la ambicion, y cada cual, perdiéndose de vista, se divierte á su manera. Esto mismo sucedió allí. Separados de nuestros amigos que rompieron el fuego contra los primeros que se presentaron, garzas, colimbo y patos de todas clases, nos vinieron ardientes deseos de imitarlos. — Ahora bien, nuestra barca no era una de las mejores que pueden verse; su dimension era tan pequeña que apenas cabiamos los seis que íbamos dentro, no tenia timon y solo llevaba un par de remos muy averiados por el largo servicio que habian hecho. Nuestra tripulacion se componia de un buen remero, viejo lobo marino de barba pintoresca, empleado en la aduana de Bona. Ninguno de nosotros perderá el recuerdo de aquel buen macayo. Con él nos encontrábamos cinco amigos.

Uno de ellos era M. Zill, un hombre de origen alemán, poseido del demonio de la curiosidad, aficionado á vivir en Africa que ha explorado durante muchos años hasta en las profundidades del desierto, cazando y coleccionando sin cesar; hoy habita en una casa que él mismo se ha construido en las inmediaciones de Philippeville. Amigo querido de los árabes que tienen fe en su saber, y le consideran como un elegido del profeta, y estimado de todos, Mustafá-bea-Zill, como ellos le llaman,

suele dar señales de vida con interesantes artículos zoológicos cuyas primicias se disputan los periódicos científicos de Alemania.

Naturalmente Zill era nuestro capitán, y no sin un vivo interés le oíamos decir entre dientes:

— No es aquí donde deberíamos estar, sino mas abajo.

Y señalaba con el dedo un punto del lago que no podia distinguirse.

El tiempo estaba magnífico; en el agua hermosa como un espejo, se reflejaban las aves que atravesaban el espacio fuera del alcance de nuestras escopetas. Alentados por la seguridad de que la tierra prometida no distaba mas de una hora, nos dirigimos hácia el Ued-el-Huts que era el punto que Zill nos señalaba.

Dos horas navegamos hablando para hacer corto el camino, y sin embargo, no distinguíamos el término; por fortuna las provisiones de boca estaban en nuestra barca y apelamos á ellas con un apetito devorador. Por fin, una hora despues Zill exclamó con alegría:

— Ahí está el punto designado.

Un clamor general le respondió; los ojos de todos siguieron la direccion de su dedo, pero se necesitaba tener su vista de águila para distinguir lo que él veía. — Era como una línea negra en el horizonte, muy lejos todavía; pero en breve vimos levantarse de ella una inmensa cantidad de aves cuyos gritos discordantes llegaban ya hasta nosotros. — Todo cazador debe comprender nuestra emocion en aquel instante solemne.

La aparicion de una barca en tales sitios debe ser un acontecimiento para la poblacion alada, á juzgar por las evoluciones á que esta se entregó á nuestra vista. Primero llegaron unos exploradores en reconocimiento; cuatro escopetas apuntan á la vez, pero el amigo Zill reprime nuestro ardor prematuro diciéndonos con su eterna calma que debiamos economizar la pólvora que nos iba á faltar infaliblemente.

A medida que nos acercábamos (llevábamos cuatro horas de navegacion) se desarrollaban en torno nuestro nubes de aves en espirales profundas: entonces se rompió el fuego.

Todos los disparos eran buenos, cada cual elegia su víctima. Pero era demasiado; así al cabo de algunos minutos cesó el fuego de un comun acuerdo, y reservamos la pólvora para las piezas mas notables. Teniamos ya en nuestro poder unas sesenta: garzas purpurinas, langostas, patos, cazarcas, tadornos, ánades, filocrócoras grandes y pequeñas, elegantes garzotas de plumaje de nieve que brillaban en aquel monton que presentaba tan variados colores.

Toda la actividad del intrépido macayo bastaba apenas para correr á los muertos y á los moribundos: habríamos llenado la barca en menos de una hora si no hubiéramos suspendido la cacería.

Entre tanto marchábamos adelante, y aquí desearia yo hacer comprender al lector el sorprendente espectáculo que descubrimos. Era una isla de cuatro á cinco hectáreas, enteramente cubierta de tamariscos y sin tierra; digo sin tierra, porque el agua la cubre hoy de mas de un metro; de esto ha sido causa uno de esos hundimientos que los geólogos han señalado en muchas partes del globo. Sea como quiera, los tamariscos no tienen allí mas de dos ó tres metros sobre el agua y vegetan poco, apiñados y entrelazados como se encuentran. Lo mas notable es que esos árboles raquíticos se hallan cubiertos de nidos.

Llegamos por fin á los tamariscos; reuniendo todos nuestros esfuerzos, metemos la punta de nuestra barca entre los primeros árboles, y sin movernos, solo alargando los brazos, llenamos una caja de huevecillos de todas clases. Los habia blancos, verdosos y rayados; unos eran redondos, otros puntiagudos. Zill nos iba nombrando las especies como un hombre que las conoce todas. De tiempo en tiempo una garzota ó un ánade con la cola levantada en forma de abanico, se elevaba de entre la verdura, y reclamaba seriamente nuestra atencion; pero caian en un ramaje tan intrincado que era preciso renunciar á recoger las víctimas de nuestras escopetas. A todo esto los cisnes silvestres atravesaban el espacio lanzando en los aires su grito lastimero y armonioso.

No podíamos cansarnos de contemplar aquella república de aves, cuando vino á distraernos una brisa ligera que rizó la superficie del lago, y que pronosticaba un viento de Oeste poco propicio. Las bonitas ondulaciones del agua no tardaron en transformarse en olas que se aumentaban y se sucedían con una rapidez extraordinaria. El viento soplabá fuerte. Nuestra barca principió á bailar de una manera nada agradable, aunque estábamos amarrados al abrigo de los tamariscos que no bastaban para romper la furia de las olas; pero como á cada instante tropezábamos con raices y troncos cortados que estaban bajo el agua, debimos salir á buscar un refugio mas seguro á unos quinientos metros mas allá en la embocadura del Ued-el-Hauts (rio de los peces), á pesar de las olas y de la tormenta. La travesía se hizo sin desgracia, aunque con trabajo.

Una vez en tierra firme, nuestro primer cuidado fué tomar un refrigerio para recobrar las fuerzas que necesitábamos á fin de atravesar el lago nuevamente, si queríamos pasar la noche en la posada donde nos esperaban nuestros amigos.

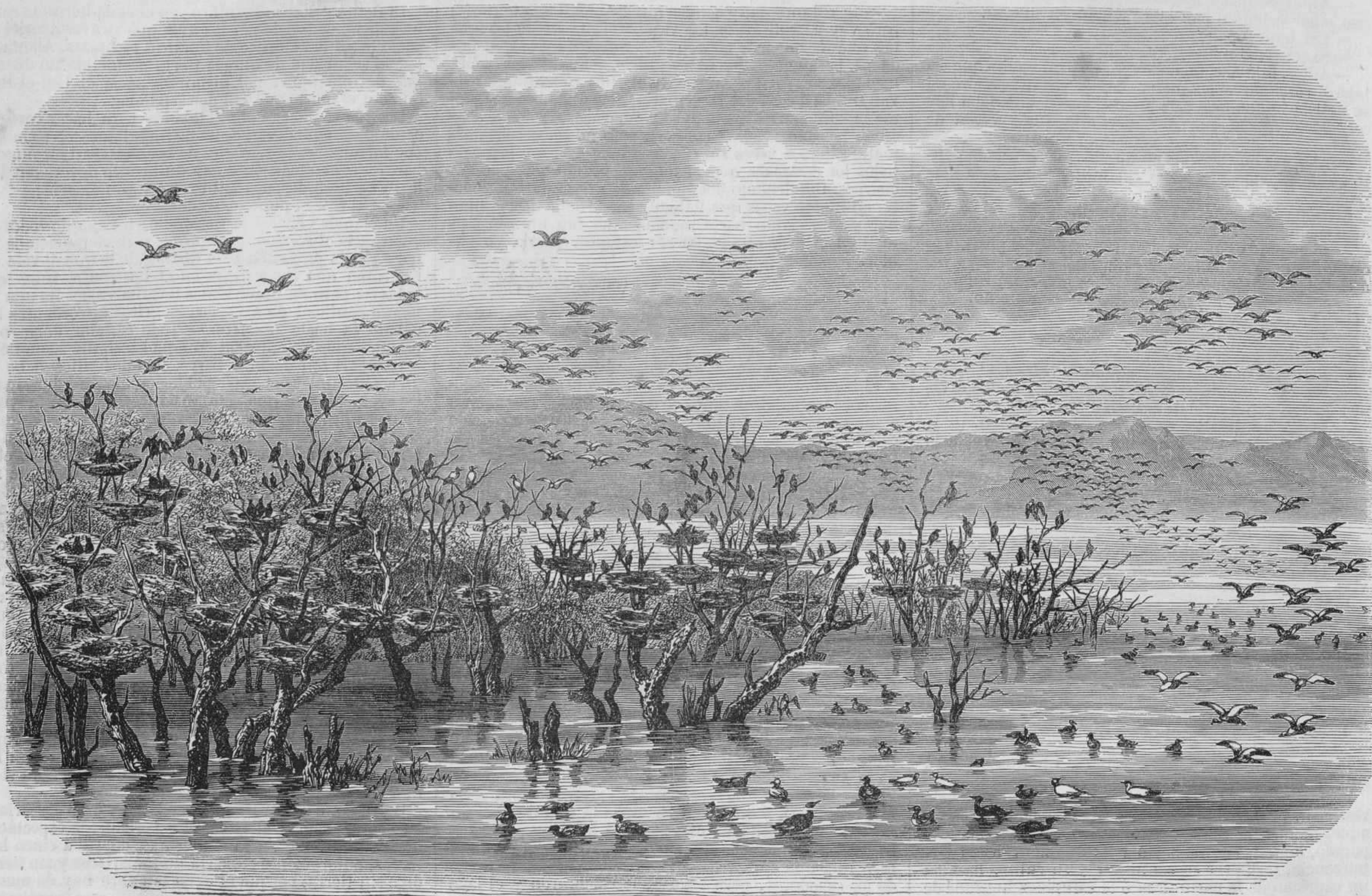
Largo seria enumerar las peripecias de este viaje; muchas veces el viento y el agua nos llevaban á la orilla y otras nos hacían retroceder lo que habiamos ganado. Dos horas hacia que navegábamos habiendo dejado ya muy atrás la república alada, cuando el viento comenzó á soplar con mayor fuerza; el sol bajaba y desaparecia de repente como si hubiera sido envuelto en la borrasca

que subia al Oeste, al mismo tiempo que otra tormenta mas negra aun llegaba por el Norte figurando una enorme montaña. Una lluvia que era un verdadero diluvio, principió á desplomarse sobre nuestras cabezas cuando ya la luz del día habia desaparecido completamente. Por fin, al cabo de cuatro horas de un trabajo inaudito en medio de las tinieblas, se anunciaron á nosotros los pri-

meros cañaverales azotándonos la cara. De repente oimos gritar á lo lejos y distinguimos un farolillo que corria por la orilla: eran unos árabes que habian sido enviados en nuestro socorro por el teniente de la oficina árabe que, en persona, animaba á su gente. Tocamos á tierra, nos sacan del barquichuelo empapados como si hubiésemos llegado á nado.

Entre ocho y nueve de la noche, hacíamos nuestra entrada victoriosa en la posada de El-Ain-Morkha, cayendo en medio de nuestros amigos que se hallaban ya muy alarmados. La lumbre ardía que daba gusto; teníamos allí ropa para mudarnos y una rica cena perfumaba el comedor. — Aquí acabo mi historia.

A. L.



El lago Fetzara en Africa.

Los baños de mar de Trouville.

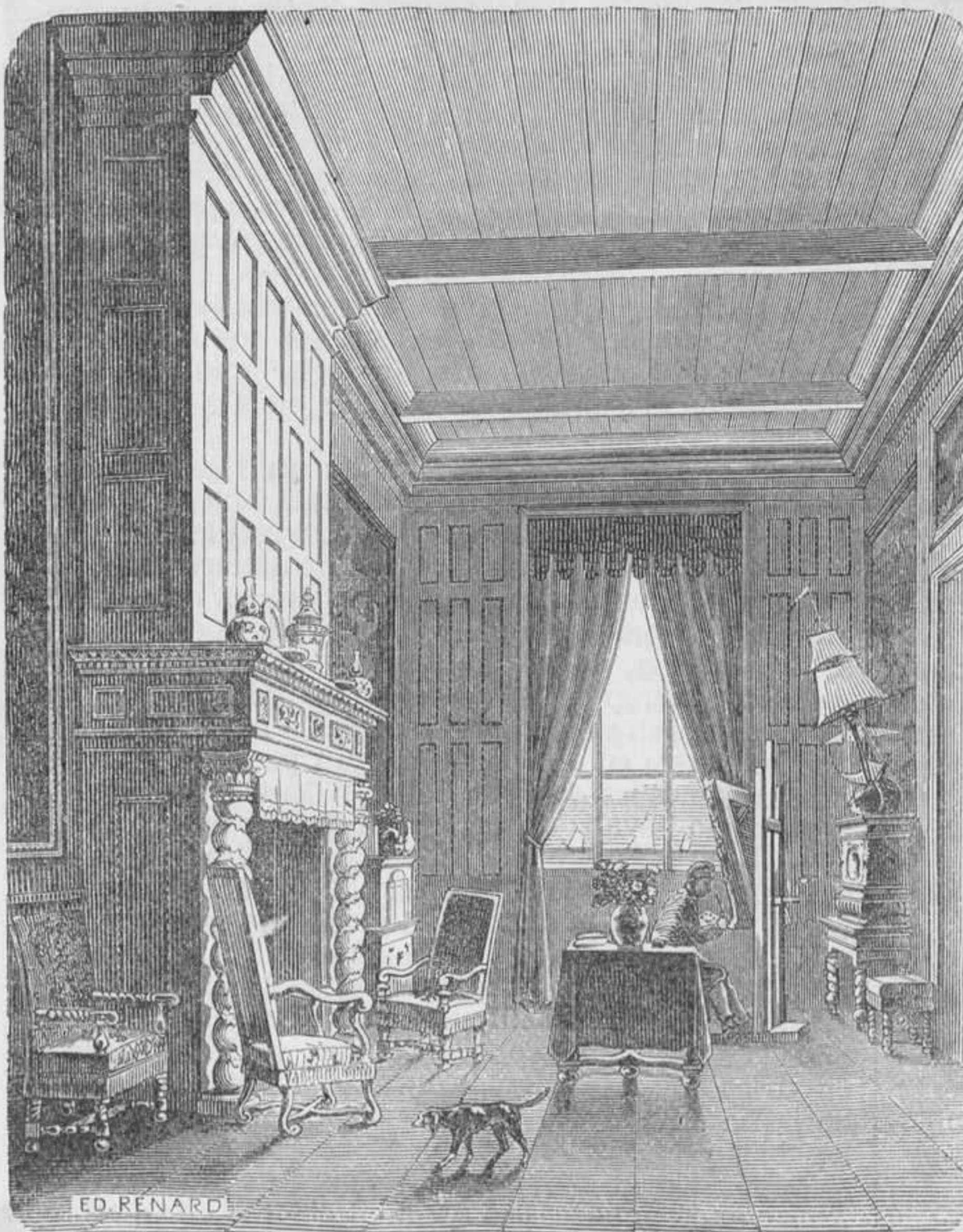
En frente del Havre á pocas leguas de Honfleur, se veia hace veinte años una aldea habitada por pescadores, y que llevaba el nombre de Trouville del Mar. En-

tonces los pintores de marinas Isabey y Mozin se encontraban allí con frecuencia y hacian sus bonitos estudios. En ninguna parte las lanchas de pescadores eran

mas pintorescas, y el conjunto de las habitaciones que formaban Trouville, tenia un aspecto verdaderamente extraordinario, ya á causa de la posicion de la aldea, ya



Pescadora de langostinos.



Interior del estudio de M. Mozin, en Trouville.



Pescadora de equillas.

á causa de su arquitectura enteramente primitiva. La poblacion de Trouville compuesta casi de pescadores, era muy religiosa. Las lanchas volvan todas el domingo por la mañana cuando mas tarde, y durante este dia solemne los marinos llenaban la pequeña iglesia situada al extremo del pueblo. No se veian por todas partes mas que buenas mujeres con su prosáico tocado de algodón gobernando ó lavando las redes de sus maridos. Las paredes estaban cubiertas de velas viejas que se secaban al sol, y á la puerta de las casas habia canastillos de peces.

Esto era Trouville hace veinte años. En el dia los baños de Trouville están muy á la moda. Los parisienses y muchos habitantes de Londres acuden allí á pasar una temporada los veranos, los primeros para recrearse en sus vacaciones, y los segundos para hacer ahorros, aunque es oportuno advertir que los ahorros ingleses se acercan á la disipacion francesa.

Entre tanto, Trouville ha ido perdiendo aquella fisonomía particular que le era característica, si bien le queda aun una parte de su antigua

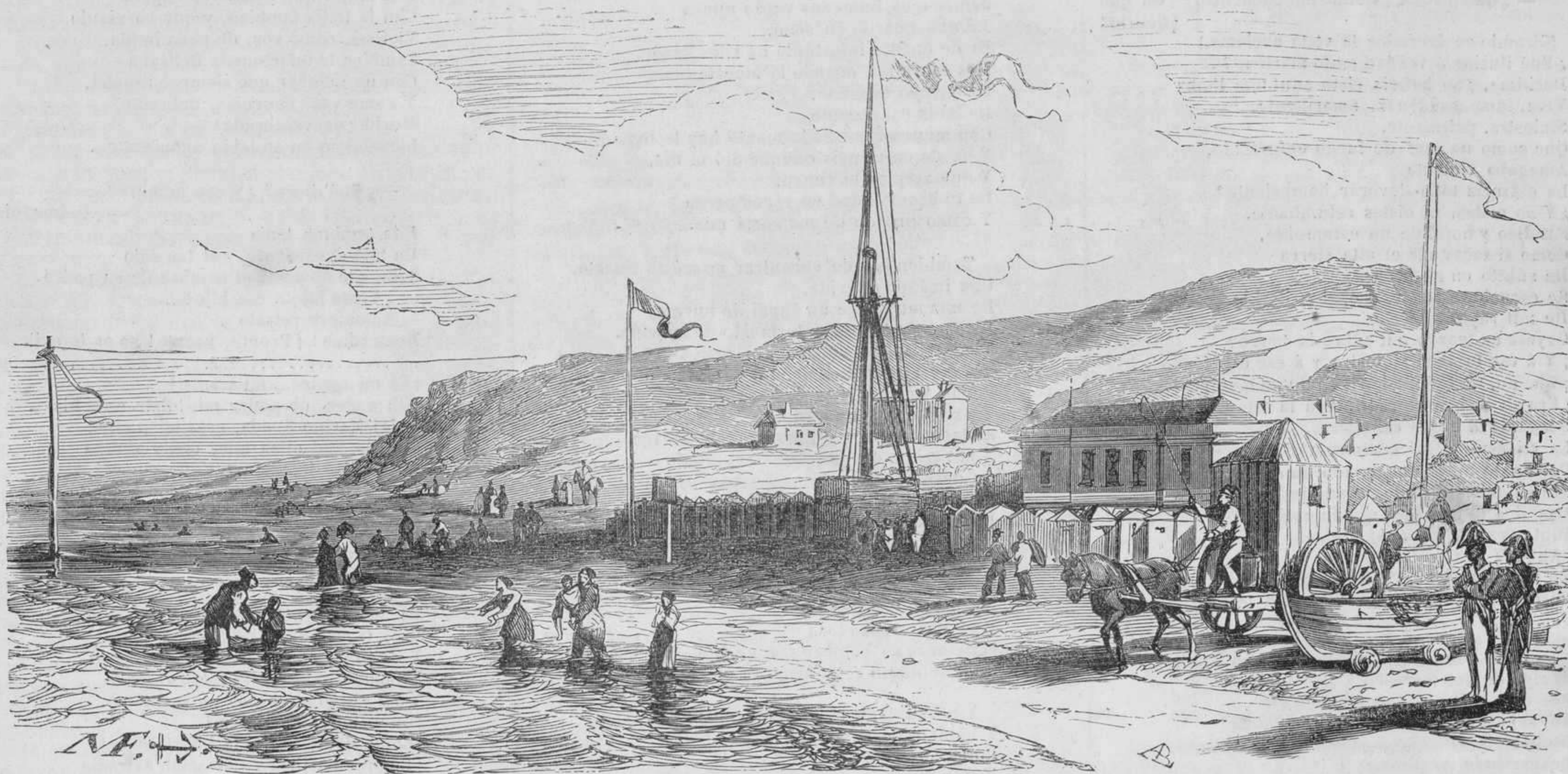


Casa de M. Mozin en Trouville.

poblacion. Mientras los forasteros se pasean por la playa, van observando á los pescadores de equillas. La equilla es un pececillo que se parece á la anguila y que se encuentra en la arena. El pescador lleva en la mano una especie de azada que llaman *touchet*, con la cual excava la arena y la equilla salta; entonces es preciso cogerla, cosa difícil, y que los mujeres principalmente ejecutan con una destreza increíble. Los pescadores van tanteando por todas partes el terreno y recogen á veces por un valor de tres ó cuatro francos de estos peces agradables á la vista y de un gusto exquisito.

Otras veces siguen á la pescadora de langostinos que anda con el agua á media pierna, llevando en las manos una red cogida entre dos palos; con este aparato barre la arena y saca á la orilla esos ricos langostinos que producen tan buen efecto al principio de la comida.

Desde que se puso en boga Trouville, se han fabricado algunas bonitas casas, y como muestra de ellas ponemos aqui la del pintor de marinas M. Mozin, que tiene la forma de un castillejo antiguo. M. Mozin se dis-



Vista de los baños de mar de Trouville.

puso en ella un bonito estudio con vista á la mar, y amueblado de una manera particular: teniendo el Océano delante de sus ojos, en calma ó alborotado, no necesita mas que abrir las cortinas para contemplar el gran modelo de sus cuadros.

En ninguna parte la playa es tan hermosa como en

Trouville; la arena es fina y suave, es una alfombra que la mar tiene cuidado de barrer todos los dias; las damas pueden bañarse descalzas sin temor de lastimarse los piés. No hay allí un verdadero establecimiento de baños como Frascati en el Havre; todo se reduce á unas cuantas cabañas de lienzo rayado á la orilla del mar.

No nos extenderemos sobre los pasatiempos particulares á los baños de Trouville; pero si diremos, que para toda persona que necesita un cambio de vida, Trouville es un lugar precioso; los baños y el ejercicio han devuelto allí la salud á muchos.

E. P.

EL LEÑADOR.

LEYENDA AMERICANA POR JOSE ANTONIO CALCAÑO.

(Conclusion.)

CARIDAD.

Tornó á reinar el silencio
En la funeraria estancia,
Y en la inmediata se turba
Al grito que el huésped lanza.

— Inés, Inés, ¿has oido?
(Luis á su esposa demanda,
Saltando aterrorizado
Del madero en que descansa.)

¡ Qué escucho, oh Dios!... Dime, Inés,
¿Has oido, ó yo soñaba?
— Sí (dice Inés), me parece
Que es el viajero el que habla.

— El viajero, sí; mas dime:
¿No entendiste sus palabras?
— ¿Que sufre de la cabeza
No sabes?... ¿Porqué te alarmas

— Pero bien, Inés, ¿qué oiste?
— Me pareció que llamaba
Pidiendo luz.
— ¿Estás bien?
— No le he entendido mas nada.

— ¡ Oh (murmura el leñador
Mientras la mano se pasa
Por la frente) puede ser!
Pero es cosa muy extraña.

Mas ¿piensas, Inés, que pueda
Penetrar yo en esa estancia
A darle luz, sin sentir
Despedazármese el alma?...

Tal vez, Inés, tengas tú
Mas libre el ánimo... ¿Callas?
¿Temes?... Bien; sufrí, oh cielo,
El dolor que me deparas.

— Contigo iré (dice Inés).
— Toma tú entonces la lámpara,
Pues temo no haya en mí fuerzas
Bastantes para llevarla. —

Pasó á sus ojos un velo,
Se oscureció su mirada,
Y tembló todo su ser
Al acercarse á la estancia.

¡ Cómo siente de sus ojos
Desbordársele las lágrimas,
Al tornar despues de un año
A aquella infausta morada!

Y en aquella horrible noche
De memorias tan amargas,
En que oyó el postrer suspiro
De su madre infortunada;

La misma en que un año antes
En sus brazos la estrechaba,
Y sus heladas megillas
Besaba y su frente helada.

Mas ¿qué hacer? La caridad
Tal dolor le deparaba,
Brindándole en recompensa
Para ir al cielo sus alas.

Así, resuelto, cobrando
Las fuerzas que le faltaban,
Con varonil entereza
Entra á la fúnebre sala.

— ¿Pedisteis luz? (acercándose
Al viajero, le demanda.)
¿Quereis algo mas? (replica,
Y en vano respuesta aguarda.)

— Dejémosle (dice Inés),
Está dormido.

— Repara
Sin embargo, que no alienta,
Y está su faz demudada.

Inés, su pulso no late...
Sus manos están heladas...
¿Acaso estará privado?
Echémosle al rostro agua. —

Y largo rato estuvieron
Aquellas dos buenas almas
Calor dándole y auxilios,
Sin que animarle lograsen.

Hasta que un leve latido
Del pulso les da esperanzas,
Y doblando sus cuidados
Volverle el aliento alcanzan.

AMOR Y MUERTE.

— ¿Quién sois? ¿Dónde me encuentro? ¡Oh qué
(delirio!

(Girando en derredor la vista exclama.)
¿Fué ilusión ó verdad tanto martirio?...
Decidme, ¿no habeis visto aquí una llama
Viva, inmensa, tenaz, amarillenta,
Siniestra, palpitante,
Que como un mar de fuego enfurecido,
Amagaba violenta
La estancia toda devorar hambrienta?
¿Y no oistes, no oistes retumbante,
Fatídico y horrible un estampido,
Como si socavada el alta sierra
De súbito en su base
Se escuchase rodar, ó cual si herido
De mil rayos el cielo
Cayese en trozos mil sobre la tierra?
¡Y á esa lumbre siniestra y á ese estruendo!...
¡Oh, no, no fué ilusión!... ¡Su imagen era!
¡Era su imagen pura!... Aun la estoy viendo,
Desatada la negra cabellera,
La misma que mi mano acariciaba
Con tanto amor enagenado un día!
Era su misma frente, eran sus ojos,
Aquellos dulces ojos donde oculta
Tanta ventura para mí vivía.
¡Ah! ¿Y porqué con enojos
En mí los fijas hoy? ¡Oh sombra inulta,
Perdóname!... ¡Perdóname, alma mía!...
.....

— ¡Oh! Callad, por piedad, tranquilizaos!
Si algo de vos merezco
Por este triste asilo que os ofrezco,
Yo, señor, os lo ruego, cobrad calma;
No habeis así, que á vuestras voces siento
Desgarrarse mi alma,
Y de pavor me hiela vuestro acento.

— Bien, pobre jóven, cobraré sosiego,
Yo sellaré mi labio delirante
Y no mas el reposo
De tu hogar generoso
Turbará un corazón agonizante.
Mas antes es preciso, y te lo ruego,
Qué á mi voz des oído un solo instante.

Escúchame y no tiembles:
Mi delirio ha pasado, estoy sereno;
Y cuanto vas á oír es solamente
El ¡ay! de un pecho que la tumba espera,
La súplica postrera
De un triste moribundo
Que va su cuerpo á abandonar al mundo.

Mi muerte está cercana:
Dentro de poco, sí, mi vida amarga
Cesará para siempre, y mis tormentos
Habrá tenido fin. ¡Ay! hartos largos
Ha sido mi carrera, hartos cruentos
Los Destinos conmigo,
Para no bendecir mi última hora:
Sí, Ángel de la muerte, te bendigo.

En este mismo instante, sin embargo,
Que el reposo me ofrece,
Un pesar me devora,
Ese triste consuelo haciendo amargo.
No, no! yo no querría
Exhalar el aliento postrimero
Sin alcanzar el fin que en mi camino,
Desde las playas de la patria mía,
Buscando vengo, ignoto peregrino.
No, no! yo no quisiera
Morir sin el consuelo
De saber que mis míseros despojos

Iba á cubrir también la misma tierra
Que ya tal vez ¡oh cielo!
Su inanimado corazón encierra.
¡Cúmplase, pues, la voluntad del hado!
Pero mi corazón siquiera alcanza,
Al morir, el alivio
De que tú llenarás, oh pobre jóven,
Ese voto sagrado,
Y no harás ilusoria mi esperanza.

Oyeme, pues. Conmigo la fortuna
Ha sido á un tiempo avara y generosa,
Y así cual sobre mí, cruel, aduna
Cuanto horrible tormento ha sido dado
A un corazón de hombre, así ha colmado
De fausto y de opulencia
Por irrisión acaso mi existencia.
De ese doble tesoro, el de mis penas,
Ese caudal de males,
Hoy que del mundo como sombra huyo,
Pertenece á la tumba:
Sin deudos yo en la tierra,
El caudal de mis bienes todo es tuyo.
¡Sin deudos!... ¡Y tal vez vivir debía
Un pobre hijo de mi amor en ella!...
Mas ha llegado á tanto
El rigor de mi estrella,
¡Ay! que ignoro si existe todavía,
Y no me fueron nunca conocidos,
Sábelo aunque te asombre,
Su voz, ni sus facciones... ni aun su nombre.
Yo no pretendo abrir á tus miradas
El abismo profundo de mi vida:
Jamás ojos humanos verán nunca
Lo que guarda su seno,
Ni de cuánto infortunio ha sido lleno.
Mas sobre mí, cuando la muerte hiele
Mi cuerpo fatigado,
Hallarás consignado
Con mi nombre infeliz cuanto hoy te lego
Y existe en el país que me dió el día,
Y que aceptes te ruego,
De tu hospitalidad en recompensa
Y como prenda de memoria mía.

También has de encontrar en mí un retrato.
Una imagen querida,
De una mujer, de un ángel de pureza,
Dicha á un tiempo y tormento de mi vida.
Verás en él su nombre,
(No me atrevo á decírtelo) y buscando
Por la América irás, con esa imagen
Y ese nombre adorado,
El techo que á sus horas prestó abrigo
Y el recinto en que yacía sepultado
Su despojo inocente
Que me veda encontrar hado enemigo.
Do esa mujer reposa
Darás tú juntamente
A mis restos cabida;
Colocarás sobre mi pecho frío
Su imagen amorosa,
Y en una misma losa
Enlazarás su nombre con el mío,
Cual debieron estar siempre en la vida.

Y pregunta, pregunta por mi hijo,
Y háblale de su padre, si aun existe,
De su angustiada muerte:
Y dile que le viste,
Al expirar sin conocer su hijo,
Sin consuelo llorar su negra suerte.
Trátale, si le miras como hermano:
Y de mi tumba harás mayor la calma
Y aun darás á mi polvo regocijo,
Si los dones preciosos de tu alma
En él infundes, y con él divides
Los que hoy te da mi moribunda mano.

Y ¡oh si te fuese dado hallar con vida
Al ángel de mi amor!... No, no. ¡Es un sueño!
Las sombras de la muerte ya la envuelven...
Pesa en sus ojos su letal beleño,
Y ya en su abismo oscuro
Duerme en su eternidad ese ángel puro!...
¡Sí, duerme para siempre! Yo la he visto
En su mortaja funeraria envuelta
A mi lecho acercarse... yo he mirado
Esa adorada sombra, no ya esbelta
Como un tiempo dichoso, sino inerte,
Lánguida, macilenta, pavorosa,
Y en la tez que fué un día nieve y rosa,
La palidez profunda de la muerte.
Un año hace que por vez primera
Así á mis ojos se mostró: su mano
Me aplazaba á morir, y hoy ha venido
A anunciarme que el plazo está cumplido...
¡Ven pues, y cumple el misterioso arcano!..

¿La ves, la ves como á mi voz acude?
¿La ves aparecer?... ¡allí!... ¿la miras?
¡Llega... acércate á mí!... ya no me hiela
Tu vista de pavor. ¡Ven, alma mía,
A mi regazo vuela!
Habla á este corazón infortunado
Que el tiempo no ha entibiado,
Y que te adora ciego como un día.
Ven, adorada mía,

A hablar de nuestras bodas, de tu Italia,
De aquellas dulces horas amorosas
Que tan pronto pasaban
En nuestro bello suelo,
Al canto de sus brisas sonoras
Y á la rosada lumbre de su cielo.
Ven, ángel inocente,
Ven, ven, y como un tiempo da á mi frente
Oculto y dulce abrigo en tus cabellos:
Ven, no están rotos, no, tan dulces lazos!
Estréchame en tus brazos,
Y á la muerte... á la nada...
Donde quieras, mi bien, llévame en ellos.

Mas ¿te vas?... ¿me abandonas?...
¿Me dejas solitario,
Solitario morir, y ni siquiera
Me dices al morir que me perdonas?
¿No te mueven las lágrimas que vierto?
¿No quieres ya conmigo
Estar solo un instante?... ¡Oh! mi alma
De la muerte presiente ya la calma,
Y siento el corazón tornarse yerto!...
¡Aguarda, oh Luz, Luz mía, ya te sigo!...
.....

— ¿Luz? Señor, ¿qué decís? ¿qué nombre es ese
Que lleváis pronunciado
Dos veces esta noche?

— ¿Qué te importa?
— No. ¡Hablad, por Dios, hablad! Yo he conocido
Una mujer también que lo llevaba,
Una mujer que como vos soñaba
Con la Italia también, y que ha vivido
Víctima, como vos, de pena impía.
También la infortunada deliraba
Con un nombre que siempre repetía,
Y como vos, convulsa, delirante,
Murió ¡desventurada!
Llevándolo en su labio agonizante...

— ¿Qué dices? ¿y ese nombre?...
— ¡Oidme, oidme!

Ella también tenía
Un hijo desdichado, y él tan solo
Sabe ese nombre, el nombre de su padre.
— ¿Y ese hijo... ese hijo?...
— Antes ese retrato
Mostradme! ¡Pronto, pronto! yo os lo exijo.
.....
¡Es mi madre... mi madre!
¡Oh padre, oh padre mío! Este es el hijo...
Luigi Marino Spada, eres mi padre!
— ¡Hijo del alma mía, ven y abraza
A tu padre infeliz antes que muera!
Sí, sí, tú eres mi hijo. Habían hablado
Ya á mi alma tus ojos. En tí veo
De mi Luz adorada las facciones,
Y en verte y contemplarte me recreo!...

Mas ¡ay! ¡Cómo me hiere y me desgarran
Tu lastimoso estado!... Oculta, oculta
Esos tristes harapos á mi vista
Y de tu cuerpo el lánguido marasmo:
Mi afecto paternal tu estado insulta,
Y mi altivo blason es un sarcasmo.
¡Cuán horrible miseria!
¡Cómo debí sufrir la infortunada!
¡Cuánto martirio y privación extrema
Ha abrumado en su vida aquella frente
Que ciñendo nació ducal diadema!
Salva de tu miseria, oh hijo mío.
Tú no sabes quién eres todavía;
Sal, pobre leñador, de tu pobreza,
Y á ceñir de tus padres
Vé la doble diadema á tu cabeza.

Vé y ciñela á tu sien: mas no al olvido
Esta noche darás que te la vuelve,
Y en la cual, con tu padre atormentado
De atroz remordimiento, has aprendido
Cuánto al vivir humano es necesario
De la virtud el germen, y que á veces
Es mas noble, hijo mío,
Que la sien en que brilla áurea corona,
La sien de un leñador hospitalario.

EPILOGO.

Al penetrar el alba en la morada
Del leñador, exánime alumbró
En su lecho de muerte al duque Spada.
Luis su postrera voluntad cumplió.

Los begardos de Durango.

En cuatro palabras vamos á trazar uno de los mas curiosos y notables pasajes de la historia de Vizcaya, completamente desconocido para la mayor parte de los que han nacido en este solar. Queremos hablar de los *begardos ó fratichelos* de Durango, de cuyo breve paso tan indelebles recuerdos ha dejado la tradición á los durangueses.

El año 1294, y en momentos en que crueles disturbios

agitaban á la Italia, cuando la autoridad pontificia empezaba á resentirse de la falta de piedad de los Estados á ella sometidos, la pequeña villa italiana del Marco de Ancona fue teatro de la mas indigna predicacion que han conocido los hombres. Una porcion de desenfundados frailes, bajo las órdenes del mas cínico de ellos llamado Hermann, erupndieron la propaganda de una secta destructora de los mas sagrados principios de la sociedad. Esta secta, conocida bajo la denominacion de *fratichelos*, tendia á la absoluta comunidad de bienes y mujeres. Por absurdo, por inconcebible que parezca este principio, encontró el año 1294 imitadores en Ancona, y principalmente entre los libertinos y mujeres; los primeros, dominados de las mas bajas y ruines pasiones; las segundas, alucinadas por las mas pérfidas sugestiones. Mas por la dicha de la cristiandad y de la humanidad entera, esta secta pereció en su nacimiento, ahogada por sus propios escándalos y desórdenes, dejando sin embargo algunas ramas que debieran á su vez caer tambien.

Cerca de dos siglos habian trascurrido del castigo del infame Hermann y sus compañeros, cuando el país mas tranquilo, mas cristiano y respetuoso del globo, vió levantarse en su seno un miserable, cuyo nombre nos comunica la tradicion cubierto de oprobio. Un siglo antes habianse atajado en su nacimiento los progresos de la secta de los *fratichelos*, que en España se designó bajo el título de *begardos* ó *bigardos*, merced á la sábia intervencion del clero.

La sin par villa de Tavira de Durango, cuya honradez y religiosidad nadie se atreve ni ha atrevido en Vizcaya á disputar, encontró en un monge de la órden de San Francisco, llamado fray Alonso de la Mella, reproducida la idea de la sociedad de los *fratichelos*. Alonso era hermano de fray Juan de la Mella, obispo de Zamora, muy venerado por sus virtudes; algunas crónicas le atribuyen talento; nosotros no podemos concebir se hallase en el pleno goce de todas sus facultades intelectuales. Fácil es comprender que los *fratichelos* de Ancona, colocados en un país turbulento y aprovechando sus disturbios, creyesen, si no vencer, producir al menos un conflicto de mayor ó menor consideracion; pero lo que realmente no se concibe es que Alonso de la Mella, en Durango, y en su colmo de moralidad, se propusiese multiplicar y sostener su secta.

Loco ó no, fray Alonso comenzó su vil obra por las vírgenes del Señor, de las cuales logró seducir algunas, echando mano de los mas sutiles ardidés y las palabras mas halagüeñas, y presentándoles su secta como la única del agrado del Sumo Hacedor. Tambien algunos hombres, de esos que siempre se encuentran dispuestos á figurar en una orgía, se adhirieron al vil monge, contándose entre ellos el hijo de un célebre capitán de estas montañas, segun el decir de un documento, que no revela su nombre por no envilecerlo sin duda. El 1442 fue año de imperecedera memoria para Durango; el poco tiempo que permaneció Mella propagando sus ideas, forma época en sus anales.

Felizmente estos desórdenes no fueron duraderos, pues apenas tuvo conocimiento de ellos el corregidor del Señorío, los elevó á la consideracion del rey de Castilla, señor de Vizcaya, Don Juan el Segundo, que á la sazón reinaba; quien sintiendo la necesidad de poner fin á tales excesos, cometió á los reverendos fray Francisco de Soria y don Juan Chevino, abad de Alcalá la Real, para que detuviesen el curso de tamaños escándalos. Mella, acompañado de algunas monjas, huyó á los moros de Granada, donde es fama murió asesinado por su desenfundada conducta.

Algunos de sus compañeros sufrieron en castigo de su crimen horribles padecimientos en Valladolid, adonde fueron conducidos.

Reinando Felipe II varios jóvenes corrompidos quisieron resuscitar la secta del monge Mella, pero el brazo de la inquisicion dió término á sus vidas y proyectos.

Hablád á un durangués de los *Autos de fray Alonso*, que es como designan este suceso, y le vereis ruborizado, dando á entender de esta manera cuánto dolor cabe que haya sido su villa teatro de semejantes escenas.

C. DE VILLAVASO.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La moda en los baños de mar y en las aguas termales. — Vida de provincia. — Las modas de Baden. — Los sombreritos de Baden. — Coleccion de sombreros redondos. — El sombrero de las Cordilleras en Paris. — El primer panamá femenino dedicado á la emperatriz para montar á caballo. — Las Amazonas visten de hombre. — Mangas y ahuecadores formidables. — Inconvenientes de los ahuecadores de acero. — Los albornoces y sobretodos Lorelace. — Trajes fotografiados en las bodas de la princesa Carlota. — Descripciones del figurin que representa prendidos de baile.

Corramos en seguimiento de la moda adonde saben nuestros lectores, á Baden, á Spa, á Vichy, etc., etc. En cada uno de esos puntos se proclaman con orgullo los nombres de los ilustres personajes que van á visitarlos, emperadores, reyes, príncipes, duques, duquesas y marquesas célebres. Nunca la vanidad humana ha rayado tan alto como en el día: cada cual se disputa el honor de figurar en los periódicos, y habria personas que si se atrevieran consentirian

en que se diesen á luz los detalles de su vida privada. Además de los ilustres personajes que dicen en seguida cuando llegan á una fonda lo que son, hay una muchedumbre de viajeros que solo se designan por sus trajes, por el color del pelo ó por una particularidad en su modo de vivir.

En todos los puntos susodichos hay mujeres azules, verdes y color de rosa; á esta la designan con el nombre de la hermosa de los cabellos de oro; á la otra la llaman la morena española; otra tiene el nombre de Venus; en fin, la vida en los baños es una vida de provincia: allí se va buscando distracciones y no se hace otra cosa que murmurar del prójimo.

Parece ser que en Baden los viajeros se presentan en el salon de baile con traje de negligé, y las viajeras con el sombrero Luis XIII con gran escándalo del salon Luis XIV y del Kursaal, que están dorados y alumbrados como el palacio de Versalles en tiempo del gran rey.

Se dice tambien que cada nacion forma banda aparte, lo que perjudica mucho á la alegría y á los placeres de la sociedad.

Los ingleses forman grupos excéntricos que se divierten en mirar ceñudos á los rusos. Los alemanes forman al lado de sus pacíficas compañeras. Los franceses tratan de distraerse hablando con los hombres distinguidos que se hallan en Baden.

Los sombreritos redondos hacen furor en Baden, en tanto que en Paris hacen fiasco completo. Es lástima, pues prestan un nuevo hechizo á una mujer bonita y favorecen mucho á las feas.

Hay una coleccion extraordinaria de sombreritos redondos que tienen los nombres siguientes:

Sombrero Cinq Mars (estilo Luis XIII). — Sombrero Clarence. — Sombrero Luis XV. — Sombrero María Antonieta. — Sombrero Pamela y capellina Emperatriz.

Cada uno de ellos tiene un sello particular propio de su época.

El sombrero Cinq Mars tiene las alas abarquilladas, en tanto que las del sombrero Clarence son redondas y derechas, como propias de un sombrero inglés.

El sombrero María Antonieta está copiado de uno de los cuadros de Versalles. Es muy aristocrático y muy fino con su graciosa apariencia de tocado suizo.

La capellina Emperatriz es un capricho del siglo XIX; una mezcla de paja, de cintas, de encajes y de flores, su forma es mayor que la de los sombreritos redondos; es el sombrero de jardín por excelencia.

El Luis XV es para ir en coche, y el Pamela nos lleva al tiempo de la condesa de Genlis.

Pero hé aquí otro sombrero conocido sin duda en América y que nos ha llegado á Paris queriendo triunfar de todos los demás: es el sombrero de las Cordilleras. Este sombrero se ha afrancesado, gracias á los esfuerzos de M. Gibus Sobrino, el sombrerero del emperador que dedicó el primer sombrero de las Cordilleras que mandó traer á la emperatriz Eugenia, para montar á caballo. Este sombrero es de paja panamá y va forrado de tafetan negro; lleva una larga pluma negra que rodea el casco por un lado y que flota retorcida sobre el hombro.

Al fin todas las Amazonas aristocráticas han adoptado el panamá. Hé aquí la descripcion de un traje de amazona: — Botitas blandas y flexibles á la emperatriz, camisa de hombre con pechera de pliegues finos, guantes altos y corbata de granadina con sortija. Si no fuera por la falda y el corpiño, la amazona iria vestida de hombre. Con el panamá hace muy bien un traje de amazona de piqué blanco ó de nankin, siempre con corbata negra de puntas bordadas. Los corpiños de piqué tienen faldetas largas, aunque no tanto como las que se ven en los de paseo que llegan hasta media falda. Las mangas tienen grandes vueltas, y su adorno consiste en un galon cosido llano.

Las mangas de los vestidos toman proporciones formidables; á medida que se aumenta el volumen de los ahuecadores, las mangas se ensanchan y se alargan. La moda de los ahuecadores extremados no pierde terreno; los de acero son superiores á los de goma elástica y á los de crin, porque ofrecen mas solidez y resistencia. Sin embargo, presentan un inconveniente: á veces el acero salta, y no hace muchos dias en medio de la calle, se juntó gente para socorrer á una pobre señora que habia sido herida por su ahuecador: uno de los resortes se rompió y el acero penetró profundamente en la carne.

Pero cuanto mas critican los ahuecadores, tanto mas se propagan.

Ya se habla de las manteletas para la estacion próxima. Habrá albornoces de tafetan para el otoño, y de terciopelo y de paño para el invierno.

Además tendremos el sobretodo *Lorelace*, prenda de estilo inglés, por consiguiente extravagante; parece el carrik de un cochero, en los tiempos en que se llevaban.

Se dice que van á ser destronados los volantes por las dobles faldas y las quillas, nombre que se da á unos adornos que se ponen al costado, que parten en punta de las caderas y van abriéndose en delantal hasta la orla de la falda.

Hay quillas de todas clases, de listas de terciopelo, de trencilla, de cinta rizada, de guipure de pasamanería llamada punto de Venecia, y de trenzados de terciopelo.

Con frecuencia las quillas son de tafetan de muaré ó de terciopelo de color opuesto al del vestido. Las de tafetan y de muaré parecen estrellitas adornadas con borlas pequeñas en las tres extremidades hácia la orla de la falda. Pero estas son muy pretenciosas, hacen mejor las lisas.

Tales son las primeras noticias de las novedades de otoño; nada se sabe aun de positivo. El mes próximo sabremos á qué aternos en cuanto á vestidos, manteletas y sombreros.

Entre tanto voy á describir los ricos y hermosos trajes que vieron en las bodas de la joven princesa Carlota, hija del rey de los belgas, casada con el archiduque Maximiliano de Austria.

La princesa Carlota llevaba un vestido de muaré antiguo de paño de plata. El corpiño y la falda iban adornados con una guirnalda de rosas bordadas con hilillo de plata. El manto de corte de igual tela formaba una larga y elegante cola. La corona y el ramillete del corpiño eran de flores de naranjo mezcladas de diamante; el anillo y la diadema de diamantes; la diadema sostenia un largo velo de encaje de Bruselas, obra admirable. Madame de Lutzon llevaba la cola del manto.

La reina Amalia tenia un vestido gris perla con una manteleta de encaje.

La duquesa de Brabanté llevaba un vestido blanco guarnecido de volantes de encaje, regalado por la ciudad de Gante á S. A. I. y R. cuando su matrimonio; un manto de corte y de muaré antiguo, azul de Francia, bordado de oro; la orla del vestido estaba adornada con bandas de tela como la del manto. La diadema y el anillo eran de diamantes y perlas finas. La condesa de Merode Westerloo llevaba la cola del manto.

El archiduque Carlos Luis, gobernador general del Tirol y del Vorarlberg, llevaba el uniforme de general mayor.

La princesa Clementina tenia un vestido blanco guarnecido de encajes y un manto de corte de terciopelo grosella bordado de oro.

La archiduquesa Margarita, que es hija del rey reinante de Sajonia, llevaba un vestido muaré antiguo color de rosa, guarnecido de encaje de plata. El manto de corte era de paño de plata.

La condesa de Merode tenia un vestido de muaré antiguo blanco cubierto de encajes, y un manto magnífico de brocado lila y blanco bordado de paño plata.

Madame de Lannoy lucia un vestido y un manto de muaré antiguo rayado azul y blanco guarnecido de hermoso punto de Alençon.

Madame de Bovre, un vestido de brocado blanco con manto de muaré antiguo malva, ricamente guarnecido de encaje.

Madame de Marches, un vestido de quillas, de una tela admirable, estilo Pompadour.

Madame de Grunne, un vestido blanco guarnecido de encaje con manto de muaré antiguo color de rosa, guarnecido de paño de plata.

Madame de Ives, un vestido blanco guarnecido de cintas y de flores color de rosa con manto de corte de muaré antiguo rosa, guarnecido de gasa blanca afollada.

La princesa de Ligne llevaba un manto de muaré antiguo blanco bordado de oro, y un vestido blanco guarnecidos de encajes de Alençon.

Madame Delahaye, un vestido y un manto de tafetan malva cubiertos de espléndidos encajes de Bruselas.

En cuanto á los aderezos mi pluma se detiene ante el brillo deslumbrador de los diamantes y las pedrerías.

Pasemos á nuestro figurin que representa trajes de baile de verano al bordé de la mar, copiados en el Casino de Dieppe donde la moda reina en soberana elegante como en Paris.

El primero es azul y blanco. Compónese de un vestido de tafetan blanco con doble falda; la primera está afollada en derredor de siete guarniciones pequeñas de gasa; la segunda lleva anchas quillas en juego con las guarniciones de gasa. Unos lacitos de cinta azul adornan las quillas y se repiten de distancia en distancia sobre la primera falda. Corpiño escotado con una berta redonda de tres pequeños afollados. Adorno de cinta azul en medio del corpiño. Sobre los hombros lazos de cinta azul flotantes, collar de perlas azules y brazaletes de perlas azules en el brazo izquierdo; en el brazo derecho brazaletes de oro con brillantes y turquesas. Peinado á la griega con rositas blancas silvestres diseminadas en los cabellos rubios; guante blanco.

El segundo traje es blanco y amarillo oro. — Vestido de tafetan blanco con tres grandes volantes de disposiciones de cintas amarillas oro separadas por galones blancos rayados con filetes cereza. Cada volante lleva un fleco tejido en la misma tela. Corpiño de punta muy aguda con berta formando fichu y cruzándose de lado sobre la punta. Ramillete y tocado de rosas de China, color de púrpura. Aderezo de coral. Abanico de fantasía.

El tercer traje es blanco y color de rosa. — Vestido de tarlatana con cinco volantes afollados hácia el borde, y cinta rosa por medio de cada uno de ellos. Corpiño con afollados y cintas de color de rosa. Mangas griegas y recogidas con un lazo rosa. Tocado de cintas color de rosa con perlas blancas.

El último es color de malva. — Vestido de granadina con cuatro volantes guarnecidos de fleco; corpiño aplastado, con fichu plegado y fleco y guipure. Albornoz de muselina forrado de tafetan color de malva, tocado de cinta malva y perlas blancas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Los ingleses en la India.

En las actuales circunstancias, cuando tan fundamentalmente llaman la atención los acontecimientos de la India, nos parece oportuna al propio tiempo que la publicación de los dibujos que acompañan la siguiente curiosa noticia que tomamos del *Chronicle*, sobre el origen del establecimiento y prosperidad de los ingleses en aquellas regiones.

El periódico de Londres principiando por decir que la ocupación de Delhi por los insurrectos ha dado a conocer a la Gran Bretaña la posibilidad de perder en un día lo que la ha costado siglos de guerra y ríos de sangre, examina los antecedentes anglo-indios en estos términos:

«Hará unos trescientos años, dice, que un puñado de aventureros comerciantes ingleses formaron una Compañía para comerciar con las Indias orientales. Creóse una estación en Java en la parte oriental del Archipiélago y otra en Surate en el continente indico. En seguida la compañía obtuvo un punto en la costa de Coromandel, permitiéndose a sus agentes establecer una factoría en Masulipatam. Desde allí corrieron a Madras, donde bajo el favor de un príncipe del país, consiguieron poder levantar un fuerte (San Jorge) para su defensa y la de sus empleados. Desde este momento la Compañía se formó en plan político, y lo que hasta entonces se había obtenido por medios conciliatorios debía mantenerse en lo sucesivo por la fuerza. Los comerciantes ingleses aumentaron sus factorías que pusieron en seguida en estado de defensa.



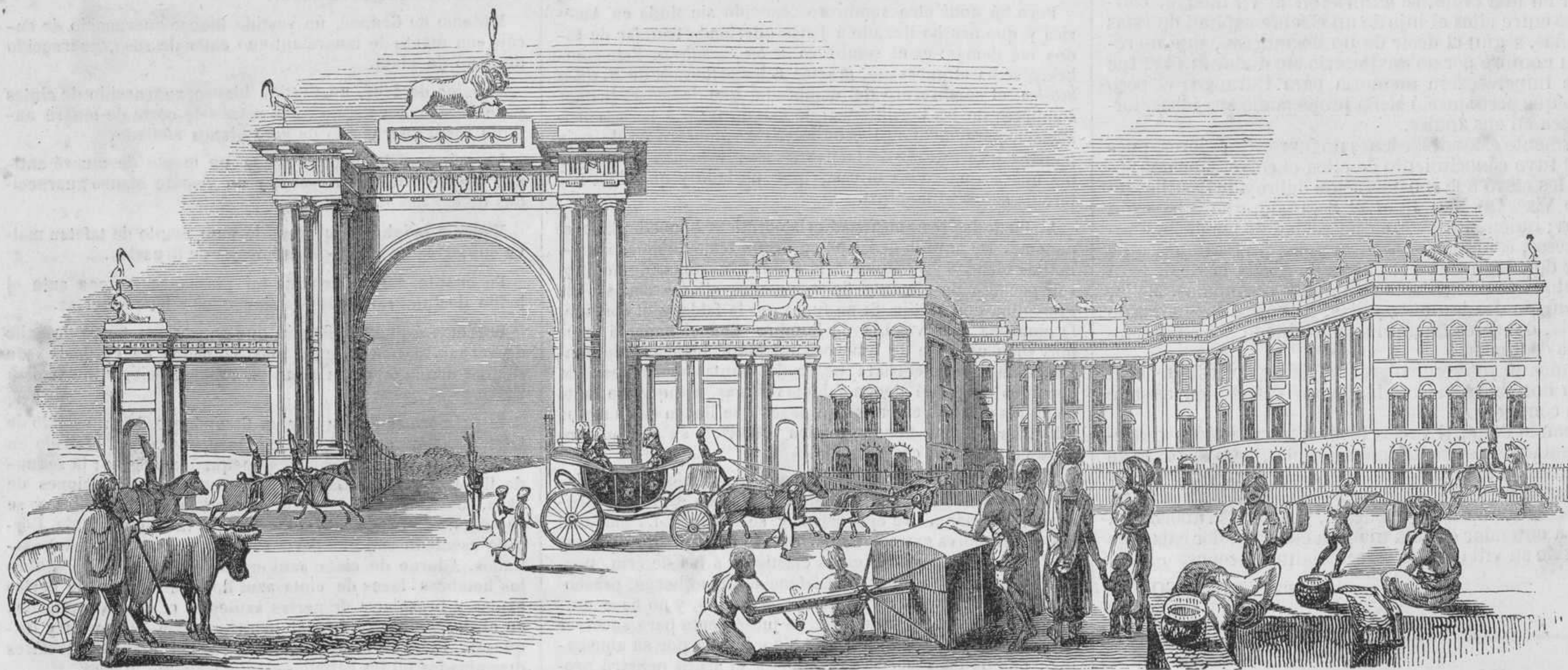
Cipayos de las presidencias de Bombay, Madras y Bengala.

La Compañía obtuvo de Carlos II la isla de Bombay, la cual había recibido de Portugal como una parte del dote de su esposa la reina Catalina. Hacia mucho tiempo que los comerciantes ingleses habían fijado sus miras sobre Bengala; pero no pudieron realizar sus proyectos hasta el año 1700. Un rico presente hecho al nieto de Aurungzebe les alcanzó algunos pueblecillos

la prosperidad de esta extraordinaria firma mercantil. Como es sabido, los ingleses no fueron los primeros que visitaron la India, puesto que hacía ya mucho tiempo que los portugueses conservaban la supremacía comercial en este gran mercado. Los portugueses fueron arrojados de allí por los holandeses que a su vez tuvieron que ceder su puesto a dos grandes potencias

cerca de las bocas del sagrado río Ganges: entre los pueblos adquiridos contábase Hali-ghat, embrión de la capital de la India inglesa, hoy día Calcutta. Habíase alcanzado con esto un gran triunfo; y en esta época fué cuando se intentó por primera vez la creación de un gobierno mercantil. Los nuevos establecimientos fueron erigidos en presidencia.

No nos incumbe a nosotros, sino al historiador, trazar la prosperidad y los progresos de aquellos comerciantes desde los días en que con prudente parsimonia reprendieron a su agente principal en la India por haber gastado 400 libras en un coche de un caballo, observando que si sus empleados tenían necesidad de semejantes «superfluidades,» se las pagasen de su bolsillo, hasta aquellos en que, en el apogeo de su poder, era una cosa bastante común nombrar a un marqués ó a un conde para el cargo de gobernador general. Sin embargo, podemos aprender algunas cosas útiles y curiosas dirigiendo una breve ojeada retrospectiva á fin de mencionar algunas circunstancias enlazadas con



Palacio del gobernador general de la India en Calcuta.

rivales en Oriente como lo habían sido en Occidente. Los antagonistas lucharon largo tiempo, y muchas veces con dudoso éxito, hasta que á mediados del siglo XVIII Inglaterra quedó victoriosa. Con Pondicherry cayó el poder de Francia en la India. Los holandeses no habían sido enteramente exterminados. Quedaban todavía restos de ellos en la India, cuando poco tiempo despues, Clive escribió la orden para su aniquilamiento mientras estaba jugando una partida de whist. Sin ningun rival europeo, los comerciantes ingleses disfrutaban tranquilamente de su monopolio, y se hubiesen probablemente contentado con proseguir sus especulaciones sobre el arroz, el azúcar y las especias, si la fuerza de las circunstancias y el extraño destino de Inglaterra, unido á la indomable energía de sus hijos, no les hubiese forzado, contra su voluntad, á convertirse de buhoneros en príncipes.

El esplendor del imperio del Indostan bajo el reinado

de los Mogoles es bien conocido. La dinastía tártara venía decayendo desde el tiempo de Aurungzebe. El Decan no podía llamarse ya una parte del imperio, y el descontento se había manifestado también en otras provincias. Los jefes habían empezado ya á hacerse morosos en el pago de sus tributos, cuando ocurrió una circunstancia que debía ejercer una decidida influencia sobre esos síntomas de descontento. En 1736, el hijo de un Kuorassaro traficante en pieles, con un ejército de persas invadió las llanuras, llevándolo todo á sangre y fuego delante de sí. Derrotado el ejército del gran Mogol, marchó sobre Delhi, la ciudad le abrió sus puertas, en pocos días sus calles se vieron regadas con la sangre de 8,000 habitantes. Nadir Shah permaneció dos meses en Delhi, y esta ocupación, que fijó el destino de la dinastía de los Mogoles, puso la India á los piés de la Gran Bretaña. El golpe fué fatal. Bengala cayó en manos de un Nabab ambicioso, mientras que otro usurpaba el

gobierno de Ouda. Los Sikhs no tardaron en proclamarse independientes. Los Gats y Rohillas se separaron de la alianza, mientras que los Maratas saqueaban el país y á imitación de otros establecían su rey. Pero dejemos esto á un lado. No es nuestro ánimo escribir una comparación entre nuestros negocios presentes y los del desgraciado Mahomed-Shah. Dejemos que el gobierno medite sobre la necesidad (después de un golpe tan rudo como el que ha recibido nuestro poder con lo que dura la ocupación del Delhi) de redoblar nuestros esfuerzos para que hasta el último indio conozca toda la extensión de nuestro poder. La Indraput de la tradición, la Delhi y la Shahjehanabab de la historia son nombres sagrados á los ojos de todo hijo del país sea mahometano ó indio. Su creencia les dice que es el centro de nuestro planeta, y pocos viajeros habrá que no hayan visto lo que la tradición nacional enseña como el eje del mundo.»